

Letras Hispánicas

Florencio Sánchez

Barranca abajo

Edición de Rita Gnutzmann

SEGUNDA EDICIÓN

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

1.^a edición, 1997
2.^a edición, 2005

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 1997, 2005
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 26.270-2005
ISBN: 84-376-1535-6
Printed in Spain
Impreso y encuadernado en Huertas, S. A.
Fuenlabrada (Madrid)

Índice

INTRODUCCIÓN	9
1. Juventud, adolescencia y primeras tentativas de autor (1875-1902)	11
2. Hacia la fama (1903-1910)	20
3. La situación teatral en el Río de la Plata	27
4. Los dramas rurales de Sánchez	33
5. <i>Barranca abajo</i>	39
ESTA EDICIÓN	65
BIBLIOGRAFÍA	67
BARRANCA ABAJO	75
Acto primero	77
Acto segundo	103
Acto tercero	125

Barranca abajo

Drama en tres actos.

PERSONAJES

DON ZOILO	JUAN LUIS
MISIA DOLORES	BUTIÉRREZ
PRUDENCIA	BATARÁ
ROBUSTA	SARGENTO
ÑA MARTINIANA	RUDELINDA
ANICETO	

La acción en la campaña de Entre Ríos*

Estrenado en el Teatro Apolo
el 26 de abril de 1905.

* En el original de Sánchez no se indica la ubicación de la obra.

Acto primero

Representa la escena un patio de estancia¹; a la derecha y parte del foro, frente de una casa antigua, pero de buen aspecto; galería sostenida por medio de columnas. Gran parral que cubre todo el patio; a la izquierda un zaguán. Una mesa, cuatro sillas de paja, un brasero con cuatro planchas, un sillón de hamaca, una vela, una tabla de planchar, una caja de fósforos, un banquito, varios papeles de estraza para hacer parches, una azucarera y un mate². Es de día.

Al levantarse el telón aparecen en escena MISIA³ DOLORES, sentada en el sillón, con la cabeza atada con un pañuelo; PRUDENCIA y RUDELINDA, planchando; ROBUSTA, haciendo parchecitos con una vela.

ESCENA PRIMERA

(ROBUSTA, MISIA DOLORES, RUDELINDA y PRUDENCIA.)

MISIA DOLORES.—Poneme pronto, m'hija**, esos parches.

* El detalle siguiente, que figura en todas las ediciones de la obra, debe corresponder a la escenografía que tuvo en ocasión de su estreno, pues el original de Sánchez sólo dice: «En la estancia (decoración a indicarse).»

** Sánchez escribe «mija».

¹ estancia: hacienda de campo, principalmente destinada a la ganadería.

² mate: del quechua «mati» (calabaza pequeña); infusión de «yerba mate».

³ Misia: tratamiento que se antepone al nombre de una señora de edad.

ROBUSTA.—Peresé⁴. En el aire no puedo hacerlo. (*Se acerca a la mesa, coloca los parches de papel sobre ella y les pone sebo de la vela.*) ¡Aquí, verás!

RUDELINDA.—¡Eso es! ¡Llename ahora la mesa de sebo, si te parece! ¿No ves? Ya gotiaste encima'el paño.

ROBUSTA.—¡Jesús! ¡Por una manchita!

PRUDENCIA.—Una manchita que después, con la plancha caliente, ensucia toda la ropa... Ladiá⁵ esa vela...

ROBUSTA.—¡Viva, pues, la patrona!

PRUDENCIA.—¡Sacá esa porquería de ahí! (*Da un manotón⁶ a la vela, que va a caer sobre la enagua que plancha RUDELINDA.*)

RUDELINDA.—¡Ay! ¡Bruta! ¡Cómo me has puesto la nagua!

PRUDENCIA (*displícete*).—¡Oh! ¡Fué sin querer!

ROBUSTA.—¡Jua, jua, jua! (*Recoge la vela y trata de reanudar su tarea.*)

RUDELINDA.—¡A la miseria! ¡Y tanto trabajo que me había dao plancharla! (*Muy irritada.*) ¡Odiosa! ¡Te la había de refregar por el hocico!

PRUDENCIA.—¡No hay cuidao!

RUDELINDA.—¡No me diera Dios más trabajo!

PRUDENCIA (*alejándose*).—Pues, hija, estarías todo el día ocupada.

RUDELINDA.—¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¡Ya verás! ¡Zafada!⁷. ¡Sinvergüenza! (*Corre a PRUDENCIA.*)

ROBUSTA.—¡Jua, jua, jua!

RUDELINDA (*deteniéndose, al ver que no la alcanza*).—Y vos... gallina crespa⁸, ¿de qué te réis?

ROBUSTA.—¿Yo?... ¡De las cosquillas!

RUDELINDA.—Pues tomá, para que riás todo el día. (*Le refriega* las enaguas por la cara.*) ¡Atrevida!

ROBUSTA.—¡Ah!... ¡Madre! ¡Bruja del diablo!... (*Corre hacia la*

* Sánchez escribe «refrega».

⁴ peresé: espere (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

⁵ ladear/ladiar: inclinar, torcer hacia un lado.

⁶ manotón: golpe dado con la mano (DRAE).

⁷ zafada: atrevida, insolente.

⁸ gallina crespa: insulto.

mesa y toma una plancha.) ¡Acercate ahora! ¡Acercate y verás cómo te plancho la trompa!

PRUDENCIA.—¡Ya la tiene almidonada, che⁹, Robusta!

RUDELINDA (*a PRUDENCIA*).—Y vos, relamida, que te pintás con el papel de los festones¹⁰ para lucirle al rubio...

PRUDENCIA.—Peor es afeitarse la pera¹¹, che, como hacen algunas...

ROBUSTA.—¡Jua, jua! (*Cantando.*)

*Mañana por la mañana
se mueren todas las viejas...
y las llevan a enterrar
al...**

PRUDENCIA.—¡Angelitos pal cielo!

MISIA DOLORES.—¡Por favor, mujeres, por favor! ¡Se me parte la cabeza! Parece que no tuvieran compasión de esta pobre madre dolorida. Robusta, prepárame esos parchecitos... ¡Ay, mi Dios y la Virgen Santísima!

RUDELINDA.—Si me hicieras respetar un poco por los potros de tus hijas... no pasaría esto.

ROBUSTA.—Potro, pero no pa tu doma.

MISIA DOLORES.—¡Hija mía, por favor!

ROBUSTA.—¡Oh! ¡Que se calle esa primero! Es la que busca. (*Vuelven a planchar. RUDELINDA, rezongando, limpia las manchas de sebo.*)

ROBUSTA.—Ahí tiene su remedio, mama. Prontito, que se enfría. (*Colocándole los parches.*) Aquí... ¿Ta¹² caliente? Ahora otro, ¡ajajá!...

* Sánchez siguió el verso «chiquero e las ovejas», y luego tachó esta última parte. A renglón seguido entraba Rudelinda, que decía: «¿Estás oyendo, Dolores? A ver si me hacés respetar un poco por las potras de tus hijas»; pero Sánchez lo anuló sirviéndole empero la idea, para armar el parlamento siguiente de Rudelinda.

⁹ che: interjección; voz para llamar o dirigirse a una persona.

¹⁰ festón: bordado de realce en forma de ondas o puntas (DRAE).

¹¹ pera: porción de pelo en la punta de la barba o perilla.

¹² ta: está (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

MISIA DOLORES.—Gracias. Quiera Dios y María Santísima que me haga bien esto. (RUDELINDA *rezonga más fuerte.*)

ROBUSTA (*abudiendo a RUDELINDA.*)—¡Juera! ¡Pasá juera, Canela! (PRUDENCIA *se pone a arreglar las planchas en el brasero.*)

MISIA DOLORES (*a ROBUSTA.*)—Mirá, hijita mía, si hay agua caliente, cebame¹³ un mate de hojas de naranjo. ¡Ay, mi Dios!

ROBUSTA.—Bueno. (*Antes de hacer mutis.*) ¡Rudelinda! ¿Querés vos un matecito de toronjil?¹⁴ ¡Es bueno pa la ausencia!

RUDELINDA.—¡Tomalo vos, bacaray!¹⁵ (*A PRUDENCIA.*) ¡Ladiá el cuero!... (*Toma otra plancha y la refriega* sobre una chancleta ensebada.*) ¡Coloradas las planchas! ¡Uff! ¡Qué temeridad!¹⁶... (*Pausa. PRUDENCIA plancha, tarareando; RUDELINDA trabaja por enfriar la plancha y MISIA DOLORES suspira quejumbrosa.*)

ESCENA II

(*Ha salido ROBUSTA y entra DON ZOILO.*)

DON ZOILO *aparece por la puerta del foro. Se levanta de la siesta. Avanza lentamente y se sienta en un banquito. Pasado un momento, saca el cuchillo de la cintura y se pone a dibujar marcas en el suelo.*

MISIA DOLORES (*suspirando*).—¡Ay, Jesús, María y José!

RUDELINDA.—Mala cara trae el tiempo. Parece que viene tormenta del lao de la sierra.

PRUDENCIA.—Che, Rudelinda, ¿se hizo la luna ya?

RUDELINDA.—El almanaque la anuncia pa hoy. Tal vez se haga con agua.

* Sánchez vuelve a escribir «refrega».

¹³ cebar: preparar la infusión; también servir el mate.

¹⁴ toronjil: planta herbácea, usada como remedio tónico (DRAE).

¹⁵ bacaray/vacaray: nonato, del guaraní «mbacarái».

¹⁶ temeridad: barbaridad.

PRUDENCIA.—Con tal de que no llueva mucho.

MISIA DOLORES.—¡Robusta! ¡Robusta! ¡Ay, Dios! Traeme de una vez ese matecito. (ZOILO *se levanta y va a sentarse a otro banquito.*)

RUDELINDA (*abuecando la voz*).—¡Güenas tardes!... dijo el muchacho cuando vino...

PRUDENCIA.—Y lo pior jué que nadie le respondió. ¡Linda cosa!

RUDELINDA.—Che, Zoilo, ¿me encargaste el generito pal viso¹⁷ de mi vestido? (ZOILO *no responde.*) ¡Zoilo!... ¡Eh!... ¡Zoilo!... ¿Tas sordo? Decí... ¿Encargaste el generito rosa? (ZOILO *se aleja y hace mutis lentamente por la derecha.*)

ESCENA III

(*Los mismos, menos DON ZOILO, que sale.*)

RUDELINDA.—No te hagás el desentendido, ieh!... (*A PRUDENCIA.*) Capaz de no haberlo pedido. Pero amalaya¹⁸ que no suceda, porque se las he de cantar bien claro... Si se ha creído que debo aguantarle sus lunas, está muy equivocado... muy equivocao...

MISIA DOLORES.—En el papelito que mandó a la pulpería¹⁹ no iba apuntao.

PRUDENCIA.—Yo lo puse...

MISIA DOLORES.—Pero él me lo hizo sacar.

RUDELINDA.—¿Qué?

MISIA DOLORES.—Dice que bonitas estamos para andar con lujos... ¡Ay, mi Dios!

RUDELINDA.—¿Ah, sí? Dejalo que venga y yo le viá²⁰ preguntar quién paga mis lujos... ¡Caramba! ¡Le han entao las economías con lo ajeno!

¹⁷ viso: forro de color que se pone debajo de una prenda (DRAE).

¹⁸ amalaya: expresión de deseo: «¡ojalá!».

¹⁹ pulpería: tienda donde se vende de todo y se expenden bebidas.

²⁰ viá: voy a (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

ESCENA IV

(*Los mismos y ÑA²¹ MARTINIANA.*)

ÑA MARTINIANA.—¡Bien lo decía yo!... De juro²² que mi comadre Rudelinda está con la palabra. ¡Güenas tardes les dea²³ Dios!

RUDELINDA y PRUDENCIA (*con cierto alborozo*).—¿Cómo le va? ¡Hola, ña Martiniana!

ÑA MARTINIANA.—¿Cómo está, comadre?²⁴ ¿Cómo te va, Prudencia? ¡Ay, Virgen Santa! Misia Dolores siempre con sus achaques. ¡Qué tormento, mujer!... ¿Qué se ha puesto? ¿Parches de yerba? ¡Pchss!... ¡Cusí, cusí!²⁵ Usted* no se va a curar hasta que no tome la ñopatía²⁶... Lo he visto a mi compadre Juan Avería hacer milagros... Tiene tan güena mano pa darla... Y ¿qué tal, muchachas? ¿Qué se cuenta e nuevo? Me via sentar por mi cuenta, ya que no me convidan.

RUDELINDA.—¿Y mi ahijada?

ÑA MARTINIANA.—¡Güena, a Dios gracias! La dejé apaleando una ropita del capitán Butiérrez, porque me mandó hoy temprano al sargento a decirme que no me juera a olvidar de tenerle, cuando menos, una camisa pronta pal sábado, que está de baile.

RUDELINDA.—¿Dónde?

PRUDENCIA.—Será muy lejos, pues nosotras no sabemos nada.

ÑA MARTINIANA.—Hagansé nomás²⁷ las mosquitas muertas.

* Sánchez siempre abrevia esta palabra y su plural (Vd., Vdes.).

²¹ Na/No: aféresis de Señor/a; también don/ña (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

²² de juro: seguro.

²³ dea: dé (por razones de pronunciación se agrega la vocal que evita el choque de las sílabas «de-di»).

²⁴ comadre: vecina con la que se tiene mucho trato; mujer de cuyo hijo se es madrina.

²⁵ cusí, cusí: italiano dialectal para «así, así».

²⁶ ñopatía: homeopatía.

²⁷ nomás: solamente, apenas, precisamente; pospuesto añade énfasis en frases exhortativas: «pase nomás».

¡No van a saber! El sargento me dijo que la junción sería acá...

PRUDENCIA.—Como no bailemos con las sillas...

RUDELINDA.—¡Quién sabe! Tal vez piensen darnos alguna serenata. El comisario es buen cantor.

ÑA MARTINIANA.—Sí... algo de eso he oído.

MISIA DOLORES.—¡Ay, mi Dios! ¡Como pa serenatas estamos!

ÑA MARTINIANA.—Lo que es a don Zoilo no le va a gustar mucho. Así le decía yo al sargento.

RUDELINDA.—Oh, si fuésemos a hacerle caso, viviríamos peor que en un convento.

ÑA MARTINIANA.—Parece medio maniático; aurita²⁸, cuando iba dentrando, me topé con él y ni las güenas tardes me quiso dar... No es por conversar²⁹, pero dicen por ahí que está medio ido de la cabeza. También, hijitas, a cualquiera le doy esa lotería. ¡Miren que quedarse de la mañana a la noche con una mano atrás y otra adelante, como quien dice; perder el campo en que ha trabajado toda la vida, y la hacienda y todo! Porque, de juramente, entre jueces y procuradores le han comido vaquitas y majadas³⁰. ¡Y gracias que dió con un hombre tan güeno como don Juan Luis! Otro ya les hubiera intimidao el desalojo³¹, como se dice. ¡Qué persona tan cumplida y de güenos sentimientos! ¡Oh! ¡No te pongás colorada, Prudencia! No lo hago por alabártelo... Che, decime: ¿tenés noticia de Aniceto? Dicen que está poblando³² en el Sarandí, pa casarse con vos. ¿Se jugará esa carrera?³³ ¡Hum!... Lo dudo, dijo un pardo y se quedó serio... ¡Ah! ¡Eso sí! Como honrao y trabajador no tiene reparo. Mas, qué querés; se me hace que no harían güena yunta³⁴. ¿Es cierto que don Zoilo se empeña tanto en casarlos, che?

²⁸ aurita: diminutivo de «ahora» (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

²⁹ No es por conversar: hablar de más.

³⁰ majada: manada de ganado lanar.

³¹ intimidar: causar o infundir miedo (DRAE); aquí, amenazar.

³² estar poblando: llevar animales a un campo para ocuparlo; también establecerse en un sitio deshabitado, levantando casa, etc.

³³ ¿Se jugará esa carrera?: ... esa partida (la del matrimonio).

³⁴ güena yunta: hacer buena pareja, llevarse bien.

PRUDENCIA.—Diga. ¿Me trajo aquella plantita de resedá?³⁵
 ÑA MARTINIANA.—¿Querrás creer que se me iba olvidando?
 Sí y no. El resedá se me quedó en casa; pero te traigo unas
 semillitas de una planta pueblera muy linda.
 PRUDENCIA (*novelera, y acercándose*).—¡A verlas, a verlas!
 ÑA MARTINIANA (*sacando un sobre del seno*).—Están ahí, adentro de ese papel.
 PRUDENCIA (*ocultando la carta*).—¿Se pueden sembrar ahora?...
 ÑA MARTINIANA.—Cuando vos querás; en todo tiempo.
 PRUDENCIA.—Pues ya mismo voy a plantarlas. (*Va hacia el jardincito de la derecha y abre la carta.*)
 ÑA MARTINIANA.—Pues sí, señor, comadre, dicen que anda la virgüela³⁶. ¿Será cierto?
 RUDELINDA (*que ha seguido con interés los movimientos de PRUDENCIA*).—Parece... Se habla mucho. (*Deja la plancha y se aproxima a PRUDENCIA*).
 ÑA MARTINIANA (*aparte*).—Como calandria al sebo. (*Volviéndose a DOLORES*.) ¡Caramba, caramba con doña Dolores! (*Aproximándose con el banco.*) Le sigue doliendo, nomás...
 RUDELINDA.—¿Qué te dice don Juan Luis, che? Leé pa las dos.
 PRUDENCIA.—Puede venir el viejo³⁷.
 RUDELINDA.—A ver. Leé no más.
 PRUDENCIA (*leyendo con dificultad*).—«Chinita³⁸ mía.»
 RUDELINDA.—¡Si será zafao el rubio!...
 PRUDENCIA.—«Chinita mía. Recibí tu adorable cartita y con ella una de las más tiernas satisfacciones de nuestro naciente idilio. Si me convenzo de que me amas de veras»... ¡Sinvergüenza, no está convencido todavía! ¿Qué más quiere? ¡Goloso!
 RUDELINDA.—No seas pava. No dice semejante cosa. Hay un punto en la letra si. «Si», punto... «Me convenzo de que me amas de veras y...»

³⁵ resedá: reseda (planta de jardín, DRAE).

³⁶ virgüela: viruela.

³⁷ el viejo: calificativo cariñoso para el padre en el Río de la Plata.

³⁸ china/chinita: del quechua «china»; nombre cariñoso para la mujer y amante; también mujer joven del campo.

PRUDENCIA.—¡Ah, bueno! (*Lee*.) ...«que me amas de veras y espero recibir constantes y mejores pruebas de tu cariño. Tengo una sola cosa que reprocharte. Lo esquivas que estuviste conmigo la última tarde...»
 RUDELINDA.—¿Ves? ¿Qué te dije?
 PRUDENCIA.—Yo no tuve la culpa. ¡Sentí ruido y creí que venía mamá!
 RUDELINDA.—¡Zonza!³⁹ ¡Pa lo que cuesta dar un beso! Seguí leyendo.
 PRUDENCIA.—¡Si no fuera más que uno! (*Leyendo*.) «La última tarde...» ¡Ay! Creo que llega tata⁴⁰.
 RUDELINDA.—No; viene lejos. Fijate prontito, a ver si dice algo pa mí.
 PRUDENCIA.—Esperate... «Dile a Rudelinda que esta tarde o mañana iré con el capitán Butiérrez a reconciliarlo con don Zoilo.»
 ÑA MARTINIANA (*como dando una señal*).—Muchachas, ¿sembraron ya las semillas?
 PRUDENCIA (*ocultando la carta*).—Acabamos de hacerlo.

ESCENA V

(*Los mismos y DON ZOILO.*)

DON ZOILO (*con una maleta de lona en la mano, que deja caer a los pies de DOLORES*).—Ahí tienen los encargos de la pulpería.
 ÑA MARTINIANA (*zalamera*).—Güenas tardes, don Zoilo. Hace un rato no me quiso saludar, ¿eh?
 DON ZOILO.—¿Qué andás haciendo por acá? ¡Nada güeno, dejuro!
 ÑA MARTINIANA.—Ya lo ve, pasiendo un poquito.
 DON ZOILO.—Ahí se iba tu yegua campo ajuera, pisando las riendas.

³⁹ zonzo/a: tonto/a, imbécil.

⁴⁰ tata: forma cariñosa y también respetuosa de llamar al padre.

ÑA MARTINIANA (*mirando al campo*).—Y mesmo⁴¹. Mañerasa la tubiana⁴². (*Yéndose, a gritos.*) Che, Nicolás; vos que tenés güenas piernas, atajamelá, ¿querés?

ESCENA VI

(*Los mismos, menos ÑA MARTINIANA.*)

RUDELINDA (*que ha estado revisando la maleta, a DON ZOILO, que se aleja*).—¡Che, Zoilo! ¡Eh! (*Deteniéndolo.*) ¿Y mis encargos?

DON ZOILO.—No sé.

RUDELINDA.—¿Cómo que no sabés? Yo he pedido (*recalcando*) por mi cuenta, pa pagarlo con mi platita⁴³, dos o tres cosas y un corte de vestido pa Prudencia, la pobre, que no tiene qué ponerse. ¿Ande⁴⁴ está eso?

DON ZOILO.—Tará ahí... (*PRUDENCIA recoge la maleta y se va por la izquierda.*)^{*}

RUDELINDA.—¡Por favor, che! Mirá que voy a creer lo que andan diciendo. Que tenés gente en el altillo⁴⁵.

DON ZOILO.—Así será.

RUDELINDA.—Bueno. Dame, entonces, la plata; yo haré las compras.

DON ZOILO.—No tengo plata.

RUDELINDA.—¿Y el dinero de los novillos que me vendiste el otro día?

DON ZOILO.—Lo gasté.

RUDELINDA.—Mentira. Lo que hay es que vos pensás rebus-

* En realidad, la salida de Prudencia exige la marcación de una nueva escena, pero Sánchez lo pasa por alto.

⁴¹ mesmo: mismo.

⁴² mañerasa: aumentativo de manera, que tiene mañas; tubiano/a: caballo (yegua) cuyo pelaje presenta dos colores a grandes manchas.

⁴³ platita: diminutivo de «plata», dinero.

⁴⁴ ande: donde; en otras ocasiones «adonde».

⁴⁵ gente en el altillo: dicho parecido a otro de Ña Martiniana: «está medio ido de la cabeza» (I, 4).

carte⁴⁶ con lo mío, después de haber tirado en pleitos y en redos la fortuna de tus hijos. Eso es lo que hay.

DON ZOILO.—Güeno; ladiate de aí, o te sacudo un guantón⁴⁷. (*Mutis.*)

ESCENA VII

(*Los mismos, menos DON ZOILO, que sale*⁴⁸.)

RUDELINDA.—¡Vas a pegar, desgraciao! (*Volviéndose.*) ¿Has visto, Dolores? Ese hombre está loco o está borracho...

MISIA DOLORES (*suspirando*).—¡Qué cosas, Virgen Santa!

RUDELINDA (*tirando violentamente las ropas de la mesa de planchar*).—¡Oh!... Lo que es conmigo va a embromar⁴⁹ poco... O me entrega a buenas mi parte, o...

ESCENA VIII

(*Los mismos y ROBUSTA.*)

ROBUSTA.—Ahí tiene su mate, mama... Pucha⁵⁰, que hay gente desalmada en este mundo. Parece mentira. Es no tener ni pizca...

RUDELINDA.—¿Qué estás rezongando vos?

ROBUSTA.—Lo que se me antoja. ¿Por qué le has dicho esas cosas a tata?

RUDELINDA.—Porque las merece.

ROBUSTA.—¿Qué ha de merecerlas el pobre viejo? ¡Desalmadas! ¡Y parece que les estorba y quieren matarlo a disgustos!

⁴⁶ rebuscarse: buscar provecho de algo.

⁴⁷ sacudir un guantón: dar un golpe con la mano abierta.

⁴⁸ que sale: Lafforgue, en su edición de las *Obras completas*, corrige con razón a Sánchez y Ordaz, escribiendo «Los mismos, menos Don Zoilo y Prudencia», ya que ésta salió en la escena anterior.

⁴⁹ embromar: fastidiar, molestar.

⁵⁰ pucha: interjección vulgar de sorpresa o disgusto: eufemismo por «¡La puta!».

RUDELINDA.—Callate la boca, hipócrita. Buena jesuita sos vos... tisicona del diablo...

ROBUSTA.—Vale más ser eso que unas perversas y unas... desorejadas⁵¹ como ustedes.

RUDELINDA (*airada, alzando una plancha*).—¡A ver, repetí lo que has dicho, insolente!

MISIA DOLORES.—¡Hijas, por misericordia, no metan tanto ruido! ¿No ven cómo estoy?

ROBUSTA (*burlona*).—¡Ah, Dios mío! ¡Doña Jeremías! ¡Usted también es otra como esas! Con el pretexto de su jaqueca y sus dolamás⁵², no se ocupa de nada y deja que todo en esta casa ande como anda. ¡Qué demontres! Vaya a acostarse si no quiere oír lo que no le conviene. (RUDELINDA y PRUDENCIA *cambian gestos de asombro*.)

MISIA DOLORES (*levantándose*).—¡Mocosa, insolente! ¿Esa es la manera de tratar a su madre? Te viá a enseñar a respetarme.

ROBUSTA.—Con su ejemplo no voy a aprender mucho, no hay cuidao...

MISIA DOLORES.—¡Madre Santa! ¿La han oído ustedes?

ESCENA IX

(*Los mismos y PRUDENCIA*.)

PRUDENCIA (*que ha oído el final de la escena*).—¡Déjela, mamá! ¡La picao el alacrán!

ROBUSTA.—Callate vos, pandereta⁵³.

MISIA DOLORES.—¡Qué le viá dejar! Vení pa cá... Decí... ¿qué malos ejemplos te ha dao tu madre?

ROBUSTA.—No sé... no sé...

RUDELINDA.—Mirenlá. Retratada de cuerpo presente. ¡Tira la piedra y escuende la mano!

⁵¹ desorejado/a: tonto/a.

⁵² dolama: dolencia, achaque; cfr. el nombre «Doña Jeremías» que le da Robusta.

⁵³ pandereta: persona tonta que habla mucho y sin sustancia.

MISIA DOLORES.—¡No la ha de esconder! (*Tomándola por un brazo*.) ¡Hablá, pues, largá el veneno! (*La zamarrea*⁵⁴. RUDELINDA y PRUDENCIA *la rodean*.)

ROBUSTA.—¡Dejemé!

RUDELINDA.—Ahora se te van a descubrir las hipocresías, itísica!

PRUDENCIA.—Las vas a pagar todas juntas, lengua larga.

ROBUSTA.—¡Jesús! ¡Se ha juntao la partida! Pero no les viá tener miedo. ¿Quieren que hable? Bueno... ¿Saben qué más? Que las tres son unas... (MISIA DOLORES *le tapa la boca de una bofetada*.) ¡Ay... perra vida! (*Enfurecida, alza la mano e intenta arrojarla sobre DOLORES*.)

RUDELINDA (*horrorizada*).—¡Muchacha! ¡A tu madre!

ROBUSTA (*se detiene sorprendida, pero reacciona rápidamente*).—¡A ella y a todas ustedes! (*Se precipita sobre un banco y lo alza con ademán de arrojarlo. Las tres mujeres retroceden asustadas*.)

ESCENA X

(*Los mismos y DON ZOILO*.)

DON ZOILO.—¡Hija! ¿Qué es esto?

ROBUSTA (*deja caer el banco y se le echa en los brazos sollozando desesperadamente*).—¡Ay, tata! ¡Mi tatita! ¡Mi tatita!

DON ZOILO.—¡Cálmese! ¡Cálmese! ¿Qué le han hecho, hija? ¡Pobrecita! ¡Vamos! Tranquilícese, que le va a venir la tos. Sí... ya sé que usted tiene razón. Yo, yo la voy a defender.

MISIA DOLORES (*dejándose caer en su sillón*).—¡Ay, Virgen Santísima de los Dolores! ¡Se me parte esta cabeza! (RUDELINDA y PRUDENCIA *hacen que continúan planchando*.)

DON ZOILO (*entre iracundo y conmovido*).—¡Parece mentira! ¡Tamañas mujeres! Bueno, basta, hijita. (ROBUSTA *tose*.) ¿No ve? ¿Ya le dentra la tos? ¡Cálmese, pues!...

⁵⁴ zamarrear: sacudir, tratar mal a uno (DRAE).

ROBUSTA (*sollozante*).—Sí, tata; ya me pasa.
 DON ZOILO.—¿Quiere un poco de agua? A ver ustedes, cuartudas⁵⁵, si se comiden⁵⁶ a traer agua pa esta criaturita. (RUDELINDA *va a buscar el agua*.)
 ROBUSTA.—Me pe...garon por...que porque... les dije... la ver... la verdad... ¡Son unas sinvergüenzas! (*Tose.*)
 DON ZOILO.—Demasiado lo veo. ¡Parece mentira! ¡Canejo!⁵⁷ ¡Se han propuesto matarnos a disgustos!
 PRUDENCIA.—¡Fijese, mama, en el jueguito de esa jesuita!
 RUDELINDA (*volviendo con un jarro con agua que deja bruscamente*).—Ahí tiene agua hasta pa augarse.
 DON ZOILO.—Tome unos traguitos... ¡así! ¿Se siente mejor? Trate de sujetar la tos, pues... (*Sonriente*.) ¡Qué diablos!... Tírele de la riendita. ¿Quiere recostarse un poquito? Venga a su cama.
 ROBUSTA (*mimosa*).—¡No!... Muchas gracias. (*Lo besa*.) Muchas gracias. Estoy bien y, además... quiero quedarme aquí, porque... ¡quién sabe qué enredos van a meterle esas!
 RUDELINDA.—Mírenla a la muy zorra... Tenés miedo de que sepa la verdad, ¿no?
 DON ZOILO.—¡Callesé usted la boca!
 RUDELINDA.—¡Oh!... ¡Y por qué me he de callar? ¿Hemos de dejar que esa mocosa invente y arregle las cosas a su modo? ¡No faltaría más! La madre la ha cachetiao, y bien cachetiada, porque le faltó al respeto...
 MISIA DOLORES.—¡Ay, Dios mío!
 PRUDENCIA.—¡Claro que sí! ¡Cuando menos, ella tendrá corona!
 RUDELINDA.—¡Y le levantó la mano a Dolores!
 DON ZOILO.—¡Güeno, güeno, güeno! ¡Que no empiece el cotorreo! Ustedes desde un tiempo a esta parte, me han agarrao a la gurisa pal piquete⁵⁸, sin respetar que está enfer-

⁵⁵ cuartudo: animal con cuartos posteriores fuertes: aquí en sentido despectivo.

⁵⁶ comedirse: ofrecerse para una cosa (DRAE).

⁵⁷ canejo: interjección parecida a «¡caramba!».

⁵⁸ gurisa pal piquete: gurí/sa: chico/a, del guaraní «gurí»; piquete: corral pequeño cerca de la casa para encerrar animales; aquí se refiere a la persona sobre la que se descarga la agresividad.

ma y por algo ha de ser... (*Enérgico*.) ¡Y ese algo lo vamos a aclarar ahora mesmito! ¿Han oído?, ¡ahora mesmito!... (*A DOLORES*.) A ver vos, doña quejidos; vos que sos aquí la madre y dueña e casa, ¿qué enriedo es éste?
 MISIA DOLORES.—¡Virgen de los Desamparados, como pa historias estoy yo con esta cabeza!
 DON ZOILO.—¡Canejo! Se la corta si no le sirve pa cumplir con sus obligaciones... (*A RUDELINDA*.) Y vos, vamos a ver, aclárame pronto el asunto; no has de tener jaqueca también. ¡Respondé!...
 RUDELINDA (*chocante*).—¡Caramba, no sabía yo que te hubiesen nombrao juez!
 DON ZOILO.—No. A quien nombraron jué a ño rebenque⁵⁹. (*Mostrando el talero*⁶⁰.) Así es que no seás comadre y respondé como la gente. Ya se te ha pasao la edá de las macacadas⁶¹.
 RUDELINDA.—Te voy a contestar cuando me digás qué has hecho de mis intereses.
 DON ZOILO (*airado*).—¿Eh? (*Conteniéndose*.) ¡Hum!... Ta güeno. Esperate un poco, que te voy a dar lindas noticias. (*Hosco, retorciendo el rebénque*.) Conque... conque ¿nadie quiere hablar? (*A ROBUSTA*.) Vamos a ver, hijita. Usted ha de ser güena. Cuéntele a su tata todas las cosas que tiene que contarle. Reposadita y sin apurarse mucho, que se fatiga...
 ROBUSTA.—No, tata; no tengo nada que decirle.
 DON ZOILO.—¿Cómo es eso?
 ROBUSTA.—Digo... no. Es que... lo único... es eso... que... Lo único... es eso... que no me tratan bien.
 DON ZOILO.—Por algo ái ser⁶² entonces. Vamos... empiece.
 ROBUSTA.—Porque no me quieren, será.
 DON ZOILO (*grave*).—Bueno, hijita. Hable de una vez; no me vaya a disgustar usted también.
 ROBUSTA.—Es que... si lo digo se disgusta más.

⁵⁹ rebenque: especie de fusta.

⁶⁰ talero: látigo de jinete.

⁶¹ macacada: monada; referencia a los macacos (monos); en ediciones anteriores se leía «macanadas».

⁶² ái ser: ha de ser.

DON ZOILO.—Ya caiste, matrera⁶³. Ahora no tendrás más remedio que largar el lazo... ¡y tire sin miedo que no le viá mañear⁶⁴ a la argolla! ¡Está bien sogueao el güey viejo!

MISIA DOLORES.—¡Ay!, hijas, ¡no puedo más! Voy a echarme en la cama un ratito. (*Se alza.*)

DON ZOILO.—¡No, no, no, no! ¡De aquí no se mueve nadie! A la primera que quiera dirse, le rompo las canillas de un mangazo⁶⁵. Empiece el cuento.

ROBUSTA.—No, no... tata... Usted se va a enojar mucho.

DON ZOILO.—¡Más de lo que estoy! Y ya me ves, tan mansito. Encomience... Vamos. (*Recalcando.*) Había una vez unas mujeres...

ROBUSTA.—Bueno; lo que yo tenía que decirle era que, en esta casa, no lo respetan a usted, y que las cosas no son lo que parece... (*Alzándose.*) Y entré por un caminito y salí por otro...

DON ZOILO.—¡No me juyás!... Adelante, adelante... Sentate. Eso de que no me respetan hace tiempo que lo sé. Vamos a lo otro.

ROBUSTA.—Yo creo que nosotros debíamos irnos de esta estancia... Pues... de todos modos ya no es nuestra, ¿verdad?

DON ZOILO.—¡Claro que no!

ROBUSTA.—Y como no hemos de vivir toda la vida de prestao, cuanto más antes mejor; ¡menos vergüenza!

DON ZOILO.—Es natural, pero no comprendo a qué viene eso...

ROBUSTA.—Viene a que si usted supiera por qué don Juan Luis nos ha dejao seguir viviendo en la estancia, después de ganar el pleito, ¡ya se habría mandao mudar!

RUDELINDA.—¡Ave María! ¡Qué escándalo de mujer intrigante...!, ¡Zoilo!... ¡Pero Zoilo! ¿Tenés valor de dejarte enredar por una mocosa?

DON ZOILO.—Siga, m'hija*... siga no más. Esto se va poniendo bonito.

* Sánchez vuelve a escribir «mija».

⁶³ matrero/a: gaucho (persona) huido de la justicia; arisco.

⁶⁴ mañear: hacer uso de resabios o mañas.

⁶⁵ mangazo: manga es el lazo que se arroja a un caballo o toro para hacerlo caer.

RUDELINDA.—¡Ah, no! ¡Qué esperanza! Si vos estás chocho con la gurisa, nosotras no, ¿me entendés? ¡Faltaba otra cosa! ¡Mándese mudar de aquí, tísica, lengua larga! ¡Ya!... (*A ZOILO.*) No, no me mirés con esos ojos, que no te tengo miedo. A ver ustedes, ¿qué hacen? ¿Vos, Dolores... Prudencia? Parece que tuvieran cola e paja⁶⁶... ¡Muévanse! Vengan a arrancar-le el colmillo a esta víbora, pues. (*A ROBUSTA.*) Contestá, la diada⁶⁷. ¿Qué tenés que decir de malo de don Juan Luis?

MISIA DOLORES.—¡Ay, mi Dios!

DON ZOILO.—Siga, m'hija*, y no se asuste, que aquí está don talero con ganas de comer cola.

ROBUSTA.—Sí, tata. ¡Vergüenza da decirlo!... Cuando usted se va para** el pueblo, la gente se lo pasa aquí de puro baile corrido.

DON ZOILO.—Me lo maliciaba⁶⁸.

ROBUSTA.—Con don Juan Luis, el comisario Butiérrez y una runfla⁶⁹ más.

DON ZOILO.—¡Ah! ¡Ah! Adelante.

ROBUSTA.—Y lo peor es que... es que... Prudencia... (*Llora.*) No, no digo más... (*PRUDENCIA se aleja disimuladamente y desaparece por la izquierda.*)

DON ZOILO.—¡Vamos, pues, no llore! Hable. Prudencia, ¿qué?

ROBUSTA.—Prudencia... al pobre... al pobre Aniceto, tan bueno y que tan...to que la quiere... le juega sucio con don Juan Luis.

DON ZOILO.—Eso es lo que quería saber bien. Ahora sí, ahora sí; no cuente más, hija, no se fatigue. Venga a su cuarto, así descansa... (*La conduce hacia el foro; al pasar junto a DOLORES alza el talero, como para aplastarla.*) ¡No te viá pegar! ¡No te asustés, infeliz!

* En el original dice «mija».

** Sánchez escribe «pal», pero lo corrige y pone «para».

⁶⁶ tener cola de paja: ser consciente de una falta cometida; obrar a espaldas de alguien.

⁶⁷ ladeado/iado: desgarbado; aquí, el que no es recto, es decir, hipócrita.

⁶⁸ maliciar: sospechar (DRAE).

⁶⁹ runfla: despectivo para multitud; pandilla.

ESCENA XI

(*Los mismos, menos PRUDENCIA, ROBUSTA y DON ZOILO.*)

RUDELINDA (*permanece un instante cavilosa y con aire despectivo*).—Bueno, ¿y qué? (*Viendo llorar a DOLORES.*) No te aflijas, hija. Ya lo hemos de enderezar a Zoilo. ¡Mocosa lengua larga! ¡Quién hubiera creído!

ESCENA XII

(*Los mismos, DON ZOILO y BATARÁ.*)

DON ZOILO.—¡Arrastradas!⁷⁰ ¡Arrastradas! Merecían que las deslomara a palos... Arrastradas... (*Llamando.*) ¡Batará! ¡Batará! (*Paseándose.*) ¡Ovejas! ¡Peores entoavía! Las ovejas siquiera no hacen daño a nadie... ¡Batará!

BATARÁ.—Mande, señor.

DON ZOILO.—¿Qué caballo hay en la sogá?

BATARÁ.—¡El doradillo tuerto, señor!

DON ZOILO.—¿Aguantará un buen galope?

BATARÁ.—¡Ya lo creo, señor!

DON ZOILO.—Bien. Vas a ensillarlo en seguida y le bajás la mano⁷¹ hasta el Sarandí. ¿Sabés ande está poblando Aniceto?

BATARÁ.—Sí, señor.

DON ZOILO.—Llegás y le decís que se venga con vos, porque tengo que hablarle... ¡Ah!... Al salir te arrimás a lo de mi compadre Luna a decirle en mi nombre que necesito la carreta con güeyes pa mañana; que me haga el favor de mandármela de madrugada.

BATARÁ.—Ta bien, señor.

DON ZOILO.—Entonces, volá.

ESCENA XIII

(*Los mismos, menos BATARÁ.*)

DON ZOILO (*después de pasearse un momento, a DOLORES.*) .—Y usted, señora, tiene que mejorarse en seguidita de la cabeza; ¿me oye? ¡En seguidita!

MISIA DOLORES.—¡Ay, Jesús, María y José! ¡Sí, estoy un poco más aliviada ya! ¡Me han hecho bien los parchecitos!

DON ZOILO.—Pues se alivia del todo y se va rápido a arreglar con ésas, las cacharpas⁷² más necesarias pal viaje; ¡mañana al aclarar nos vamos de aquí!

RUDELINDA.—¿Y ande nos vamos?

DON ZOILO.—¡Ande a usted no se le importa! ¡Canejo! ¡Ya, muévanse! (*Continúa paseándose.*)

MISIA DOLORES (*yéndose*).—Virgen de los Desamparados, ¡qué va a ser de nosotros!

ESCENA XIV

RUDELINDA.—Decime, Zoilo, ¿te has enloquecido endeveras? ¿Ande nos llevás?

DON ZOILO.—¡Al medio el campo! ¡Qué sé yo! ¡No me va a faltar una tapera⁷³ vieja ande meterlas!

RUDELINDA.—¡Ah! ¡Yo no voy! ¡Soy libre!

DON ZOILO.—Quedate, si querés.

RUDELINDA.—Pero primero me vas a entregar lo que me pertenece; mi parte de la herencia...

DON ZOILO.—¡Pediselá a tu amigo el diablo, que se la llevó con todo lo mío!

RUDELINDA (*espantada*).—¿Cómo?

⁷² cacharpas: trastos; también conjunto de prendas.

⁷³ tapera: del guaraní «ta» (pueblo) y «puerá» (se fue); casa o rancho en ruinas (cfr. *Martín Fierro*: «... me echaron a la frontera, / ¡y qué iba a hallar al volver! / Tan sólo hallé la tapera»; I, 292 y ss.).

⁷⁰ arrastrada: despreciable, mujer de mala vida.

⁷¹ bajarle la mano: dejarle rienda suelta al caballo o castigarle para que corra.

DON ZOILO.—¡Llevándosela!

RUDELINDA.—¡Ah! ¡Madre! ¡Ya lo maliciaba! ¿Conque me has fundido también? ¿Conque me has tirado mis pesitos? ¿Conque me quedo en la calle? ¡Ah!... ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! La...

DON ZOILO (*imponente*).—¡Phss! ¡Cuidado con la boca!

RUDELINDA.—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Ladrón!

DON ZOILO.—¡Rudelinda!

RUDELINDA.—¡No te tengo miedo! Te lo viá decir mil y cincuenta veces... ¡Canalla! ¡Cuatrero! ¡Cuatrero!

DON ZOILO (*hace un ademán de ira, pero se detiene*).—¡Pero hermana! ¡Hermana!... ¿Es posible?

RUDELINDA (*echándose a llorar*).—Madre de mi alma, que me han dejado en la calle... me han dejado en la calle... ¡Mi hermano me ha robao!... (*Se va por el foro llorando a gritos. ZOILO, abrumado, hace mutis lentamente por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XV

(PRUDENCIA y JUAN LUIS.)

Después de una breve pausa, aparece PRUDENCIA. Mira cautelosamente en todas direcciones, y no viendo a nadie corre hacia la derecha, deteniéndose sorprendida junto al portón.

PRUDENCIA (*ademán de huir*).—¡Ah!

JUAN LUIS.—Buenas tardes. ¡No se vaya! (*Tendiéndole la mano.*) ¿Cómo está?

PRUDENCIA (*muy avergonzada*).—¡Ay, Jesús!... ¡Cómo me encuentra!...

JUAN LUIS (*reteniendo la mano, después de cerciorarse de que están solos*).—¡Encantadora te encuentro, monísima, mi vidita!

PRUDENCIA (*apartándose*).—¡No... no...! Déjeme... Váyase... ¡Tata está ahí!

JUAN LUIS (*goloso, avanzando*).—¿Y qué tiene? ¡Dormirá! ¡Vení, prenda!⁷⁴.

⁷⁴ prenda: en Uruguay y Argentina es la mujer amada.

PRUDENCIA (*compungida*).—No... váyase; sabe todo. Está furioso.

JUAN LUIS.—¡Oh! Ya lo amansaremos. ¿Recibiste mi carta?

PRUDENCIA.—Sí. (*Después de mirar a todos lados, con fingido enojo.*) Usted es un atrevido y un zafao, ¿sabe?

JUAN LUIS.—¿Aceptás? ¿Sí? ¿Irás a casa de Martiniana?

PRUDENCIA.—Este... Jesús, siento ruido. (*Huyendo hacia el foro.*) ¡Tata! ¡Lo buscan! (*Mutis por segunda izquierda.*)

JUAN LUIS.—¡Arisca la china! (*Se pasea.*)

ESCENA XVI

(DON ZOILO y JUAN LUIS.)

DON ZOILO.—¿Quién me busca? ¡Ah!

JUAN LUIS (*confianzudo*).—¿Qué tal, viejo amigo? ¿Cómo le va? ¿Está bueno? Le habré interrumpido la siesta, ¿no?

DON ZOILO.—Bien, gracias; tome asiento. (*Pronto aparecen en cada una de las puertas PRUDENCIA, RUDELINDA y DOLORES; curiosean inquietas un instante y se van.*)

JUAN LUIS.—No; traigo un amigo y no sé si usted tendrá gusto en recibirlo.

DON ZOILO.—No ha de ser muy chúcaro⁷⁵, cuando no le han ladrao los perros.

JUAN LUIS.—Es una buena persona.

DON ZOILO.—Ya caigo. El capitán Butiérrez, ¿no? (*Se rasca la cabeza con rabia.*) ¡Ta güeno!...

JUAN LUIS.—Y me he propuesto que se den un abrazo. Dos buenos criollos⁷⁶ como ustedes no pueden vivir así, enojados. De parte de Butiérrez, ni que hablar...

DON ZOILO (*muy irónico*).—¡Claro! ¡Ni que hablar! ¡Mande no más, amigazo! Usted es muy dueño. Vaya y digalé a ese buen mozo que se apee... Yo voy a sujetar los perros...

⁷⁵ chúcaro: animal (o persona) arisca.

⁷⁶ criollo: originalmente blanco nacido en las colonias; cualquier persona nacida en tierra americana; nacional, vernáculo.

JUAN LUIS (*a voces desde la verja*).—¡Acérquese no más, comisario! Ya está pactado el armisticio. (*Vá a su encuentro*.)

ESCENA XVII

(*Los mismos y BUTIÉRREZ.*)

JUAN LUIS (*aparatoso, empujando a BUTIÉRREZ*).—Ahí lo tiene al amigo don Zoilo, olvidado por completo de las antiguas diferencias... (*Hierático*.) Pax vobis.

BUTIÉRREZ (*extendiendo los brazos*).—¡Cuánto me alegro! ¿Cómo te va, Zoilo?

DON ZOILO (*empacado*⁷⁷, *ofreciéndole la mano*).—Güen día...

BUTIÉRREZ (*cortado*).—¿Tu familia, buena? (*Pausa*.)

DON ZOILO.—Tomen asiento.

JUAN LUIS.—Eso es... (*Ocupando el sillón*.) ¡Siéntese por acá, comisario! (*Señala una silla*.) Tiempo lindo, ¿verdad? Don Zoilo, ¿usted no se sienta? Arrime un banco, pues... (*ZOILLO se sienta*.) Las muchachas estarán de tarea, seguramente. Hemos venido a interrumpirlas... Seguro que han ido a arreglarse. Dígales que por nosotros no se preocupen. ¡Pueden salir así no más, que siempre están bien! (*Pausa embarazosa*.)

BUTIÉRREZ (*por decir algo*).—¡Qué embromar! ¡Qué embromar con las cosas!

JUAN LUIS.—¿Con qué cosas?

BUTIÉRREZ.—Ninguna. Decía por decir, no más. Es costumbre.

ESCENA XVIII

(*Los mismos y RUDELINDA.*)

RUDELINDA (*un tanto transformada y hablando con relativa exageración*).—¡Ay!... ¡Cuánto bueno tenemos por acá!... ¿Cómo

está, Butiérrez? ¿Qué milagro es éste, don Juan Luis? Vean en qué figura me agarran⁷⁸.

JUAN LUIS.—Usted siempre está buena moza.

RUDELINDA.—¡Ave María! No se burle.

BUTIÉRREZ (*ofreciéndole su silla*).—Tome asiento.

RUDELINDA.—¡No faltaba más! Usted está bien, no, no, no.

Ya me van a traer. (*A voces*.) ¡Robusta, sacá unas sillas!

Y ¿qué tal? ¿Qué buenas noticias nos traen? ¿Qué se cuenta por ahí? Ya me han dicho que usted, Butiérrez...

DON ZOILO.—¡Rudelinda! Vaya a ver qué quiere Dolores.

RUDELINDA.—No; no ha llamado.

DON ZOILO (*alzándose*).—¡Va...ya a ver... qué... quiere... Dolores!

RUDELINDA (*vacilante*).—Este... (*Después de mirar a ZOILO*.) Con permiso. (*Vase*.)

ESCENA XIX

(*Los mismos, menos RUDELINDA.*)

JUAN LUIS.—¡Qué muchacha de buen genio esta Rudelinda! Siempre alegre y conversadora... Y ¿no tenemos un matecito, viejo Zoilo? Lo encuentro medio serio. Seguro que no ha dormido siesta. Mi padre es así; cuando no sestea, anda que parece alunao.

BUTIÉRREZ (*cambiando postura*).—¡Qué embromar con las cosas!

ESCENA XX

(*Los mismos y PRUDENCIA.*)

PRUDENCIA (*con mucha cortedad*).—¡Buenas tardes!

JUAN LUIS (*yendo a su encuentro*).—¡Viva!... ¡Salió el sol! ¡Señorita!

⁷⁸ agarrar: coger (palabra con sentido muy distinto en gran parte de América Latina); sorprender a una persona.

⁷⁷ empacarse: del quechua «paco/a»; ponerse tozudo, emperrarse.

PRUDENCIA.—Bien, ¿y usted?

BUTIÉRREZ.—¡Señorita Prudencia! ¡Qué moza!

PRUDENCIA.—Bien, ¿y usted? Tomen asiento. Estén con comodidad.

JUAN LUIS.—Gracias; siempre tan interesante, Prudencita. ¡Linda raza, amigo don Zoilo!

DON ZOILO.—Che, Prudencia, andá que te llama Rudelinda.

PRUDENCIA.—¿A mí? ¡No he oído!

DON ZOILO.—He dicho que te llama Rudelinda.

PRUDENCIA (*atemorizada, yéndose*).—¡Voy! Con licencia. (*Vase.*)

ESCENA XXI

(*Los mismos, menos PRUDENCIA.*)

JUAN LUIS.—Pues yo no he oído.

DON ZOILO (*alterado*).—Pero yo sí, icanejo! ¿Me entiende?

JUAN LUIS.—Bueno, viejo. Tendrá razón; no es para tanto.

BUTIÉRREZ.—¡Hum!... ¡Qué embromar!... ¡Qué embromar con las cosas!...

DON ZOILO.—Ta bien. Dispense. (*Aproximando su banco a JUAN LUIS.*) Diga... ¿Tendría mucho que hacer aura?

JUAN LUIS.—¿Yo?

DON ZOILO.—El mismo.

JUAN LUIS.—No. Pero no me explico...

DON ZOILO.—Tenía que decirle dos palabritas.

JUAN LUIS.—A sus órdenes, viejo. Ya sabe que siempre...

BUTIÉRREZ (*alzándose*).—Andate pa tu casa, Pedro, que parece⁷⁹ que t'echan.

DON ZOILO.—Quedate, no más. Siempre es güeno que la autoridad oiga también algunas cosas... Este, pues, como le iba diciendo: usted sabe que esta casa y este campo fueron míos; que los heredé de mi padre, y que habían sido de mis agüelos... ¿no?, y que todas las vaquitas y ovejitas existentes en el campo —el pan de mis hijos—, las crié yo a

⁷⁹ parece: también «paice» (III, 14); forma meridional de pronunciar «parece».

juerza de trabajo y sudores, ¿no es eso? Bien saben todos que, en mi familia, jué creciendo mi haber, a pesar de que la mala suerte, como la sombra al árbol, siempre me acompañó.

JUAN LUIS.—No sé a qué viene eso, francamente.

DON ZOILO.—Un día..., déjeme hablar. Un día se les antojó a ustedes que el campo no era mío, sino de ustedes; me metieron ese pleito de reivindicación; yo me defendí, las cosas se enredaron como herencia de brasilero, y cuando quise acordar amanecí sin campo, sin vacas, ni ovejas, ni techo para amparar a los míos.

JUAN LUIS.—Pero usted bien sabe que la razón estaba de nuestra parte.

DON ZOILO.—Taría cuando los jueces lo dijeron, pero yo después no supe hacer saber otras razones que yo tenía.

JUAN LUIS.—Usted se defendió muy bien, sin embargo.

DON ZOILO (*alzándose terrible*).—No, no me defendí bien; no supe cumplir con mi deber. ¿Sabe lo que debí hacer, sabe lo que debí hacer? Buscar a su padre, a los jueces, a los letrados; juntarlos a todos ustedes, ladrones, y coserles las tripas a puñaladas, ipa escarmiento de bandoleros y salteadores! ¡Eso debí hacer! ¡Eso debí hacer! ¡Coserlos a puñaladas!

JUAN LUIS (*confuso*).—¡Caramba, don Zoilo! ¡Por favor!

BUTIÉRREZ (*interviniendo*).—¡Hombre, Zoilo! ¡Calmate! ¡Respetá un poco, que estoy yo acá!

DON ZOILO (*serenándose*).—¡Toy calmao! ¡Ladiate de ahí!... ¡Eso debí hacer! ¡Eso! (*sentándose*). No lo hice porque soy un hombre muy manso de sí, y por consideración a los míos. Sin embargo...

JUAN LUIS.—Repito, señor, que no acabo de explicarme los motivos de su actitud. Por otra parte, ¿no nos hemos portado con bastante generosidad? ¡Lo hemos dejado seguir viviendo en la estancia! Nos disponemos a ocuparlo bien para que pueda acabar tranquilamente sus días.

DON ZOILO (*irguiéndose*).—¡Cállese la boca, mocoso!... ¡Linda generosidad! ¡Bellacos!

JUAN LUIS (*poniéndose de pie*).—¡Señor!

DON ZOILO.—¡Linda generosidad! Pa quitarnos lo único que nos quedaba, la vergüenza y la honra, es que nos han de

jado aquí... ¡Salteadores! ¡Parece mentira que haiga cristianos tan desalmaos!... ¡No les basta dejar en la mitad del campo al pobre paisano⁸⁰ viejo, a que se gane la vida cuando ya ni fuerzas tiene, sino que entoavía pensaban servirse de él y su familia pa desaguachar⁸¹ cuanta mala costumbre han aprendido! ¡Ya podés ir tocando de aquí, bandido! Mañana esta casa será tuya... ¡Pero lo que aura hay dentro es bien mío! ¡Y este pleito yo lo fallo! ¡Juera de aquí!

JUAN LUIS.—¡Pero, señor!

DON ZOILO (*amarrando el talero*).—¡Juera, he dicho!

JUAN LUIS.—Está bien... (*Se va lentamente*.)

DON ZOILO (*a BUTIÉRREZ, que intenta seguirlo*).—Y en cuanto a vos, entrá si querés a sacar tu prenda. ¡Pasá no más, no tengás miedo!

BUTIÉRREZ.—Yo...

DON ZOILO.—¡Ah! ¡No querés! Bueno, tocá⁸² también. Y cuidadito con ponérteme por delante otra vez. (BUTIÉRREZ *mutis*.) ¡Herejes! ¡Saltiadores! ¡Saltiadores! (*Los sigue un momento con la vista* balbuceando frases incomprensibles. Después recorre con una mirada las cosas que le rodean, avanza unos pasos y se deja caer abrumado en el sillón.*) ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué le habré hecho a la suerte pa que me trate así!... ¡Qué, qué le habré hecho! (*Deja caer la cabeza sobre las rodillas.*)

TELÓN LENTO

* «Una mirada», en el original.

⁸⁰ paisano: hombre de campo.

⁸¹ desaguachar: «aguacharse» es echar barriga un animal por haber estado pastando ocioso (Saubidet); quitarse algo.

⁸² tocá: cfr. la expresión anterior «tocar de aquí»; salir.

Acto segundo

Representa la escena, a gran foro, telón de campo; a la izquierda, un rancho con puerta y ventana practicables. Sobre el mojinete⁸³ del rancho, un nido de horneros⁸⁴. A la derecha rompimiento⁸⁵ de árboles. Un carrito con un barril de los que se usan para transporte de agua. Un banco largo debajo del alero del rancho, un banquito y un jarro de lata. Es de día.*

Al levantarse el telón aparecen en escena ROBUSTA, pisando maíz en un mortero, y PRUDENCIA, cosiendo un vestido.

ESCENA PRIMERA

(ROBUSTA y PRUDENCIA.)

ROBUSTA.—¡Che, Prudencia! ¿Querés seguir pisando esta mazamorra?⁸⁶ Me canso mucho. Yo haría otra cosa cualquiera.

* En el libreto original, Sánchez escribe únicamente: «En el rancho. Decoración a indicarse.»

⁸³ mojinete: remate triangular del techo de un rancho.

⁸⁴ hornero: pájaro de color pardo acanelado.

⁸⁵ rompimiento: telón recortado de una decoración teatral que deja ver otros fondos (DRAE).

⁸⁶ mazamorra: comida preparada a base de maíz hervido.

PRUDENCIA.—Pisala vos con toda tu alma. Tengo que acabar esta pollera⁸⁷.

ROBUSTA.—¡Que sos mala! Llamala a mama, entonces, o a Rudelinda.

PRUDENCIA (*volviéndose, a voces*).—¡Mama!... ¡Rudelinda! Vengan a servir a la señorita de la casa y tráiganle un trono para que esté a gusto.

ESCENA II

(*Los mismos, MISIA DOLORES y RUDELINDA.*)

MISIA DOLORES.—¿Qué hay?

PRUDENCIA.—Que la princesa de Chimango⁸⁸ no puede pisar maíz.

MISIA DOLORES.—¿Y qué podés hacer entonces? Bien sabés que no hemos venido acá pa estarnos de brazos cruzados.

ROBUSTA.—Sí, señora, lo sé muy bien; pero tampoco viá permitir que me tengan de pionera.

RUDELINDA (*asomándose a una ventana*).—¿Ya está la marquesa buscando cuestiones? ¡Cuándo no!...

ROBUSTA.—Callate vos, comadreja.

RUDELINDA.—Andá, correveidile*; buscá camorra no más pa después dirle a contar a tu tata que te estamos martirizando.

ROBUSTA (*dejando la tarea*).—¡Por Dios!... ¿Quieren hacerme el favor de decirme cuándo, cuándo me dejarán en paz? ¿Yo qué les hago pa que me traten así? Bien buena que soy; no me meto con ustedes y trabajo como una burra, sin quejarme nunca, a pesar de que estoy bien enferma. Y ahora porque les pido que me ayuden un poco, me echan la perrada como a novillo chúcaro.

RUDELINDA (*que ha salido un momento antes con el pelo suelto, pei-*

* Sánchez escribe «corre ve y dile».

⁸⁷ pollera: falda.

⁸⁸ princesa de Chimango: alusión al dicho popular «no gastar pólvora en chimango», es decir, en cosa de poca o ninguna utilidad.

nándose).—¡Jesús, la víctima! Si no hubiera sido por tus enredos, no te verías en estos trances.

ROBUSTA.—¡Por favor!

RUDELINDA (*remedando*).—¡Por favor! ¡Véanle el aire de romántica!... Cómo se conoce que anda enamorada; no te pongás colorada. ¿Te crees que no sabemos que andás atrás de Aniceto?

ROBUSTA.—Bueno, por Dios. No hablemos más. Haré lo que ustedes quieran. Trabajaré hasta que reviente. (*Continúa pisando maíz.*) De todos modos no les voy a dar mucho trabajo, no..., pronto, no más. (*Aparte, casi llorosa.*) ¡Si no fuera por el pobre tata, que me quiere tanto!

PRUDENCIA (*a RUDELINDA*).—¿Te parece que será bastante el ancho? Le puse cuatro paños.

MISIA DOLORES.—¡Ave María! ¡Qué anchura!

RUDELINDA.—¡No, señora..., con el fruncido! ¡A ver! Esperate; tengo las manos sucias de aceite.

PRUDENCIA.—¿Y si la midiéramos con la tuya lila? ¿Ande la tenés?

RUDELINDA.—A los pies de mi cama. Vení. (*Hacen mutis.*)

MISIA DOLORES.—Ahora van a ver cómo sobra. Ese tartán⁸⁹ es muy ancho. (*Mutis.*)

ESCENA III

(*ROBUSTA y DON ZOILO.*)

ROBUSTA (*angustiada*).—¡No quieren a nadie! ¡Pobre tatita! (*Apoiada en el mortero llora un instante. Oyense rumores de la izquierda.* ROBUSTA alza la cabeza, se enjuga rápidamente las lágrimas y continúa la tarea, canturreando un aire alegre. ZOILO avanza por la izquierda a caballo, con un balde en la mano, arrastrando un barril de agua. Desmonta, desata el caballo y lo lleva fuera; al volver, acomoda la rastra.)

DON ZOILO.—Buen día, m'hija*.

* «Mija», en el original.

⁸⁹ tartán: tela de lana con cuadros de diferentes colores (DRAE).

ROBUSTA.—Día... ¡Bendición, tatita!
 DON ZOILO.—¡Dios la haga una santa! Pasó mala noche, ¿eh? ¿Por qué se ha levantao hoy?
 ROBUSTA.—No; dormí bien.
 DON ZOILO.—Te sentí toser toda la noche.
 ROBUSTA.—Dormida, sería.
 DON ZOILO.—Traiga, yo acabo.
 ROBUSTA.—¡No, deje! ¡Si me gusta!
 DON ZOILO.—Pero le hace mal. Salga.
 ROBUSTA.—Bueno. Entonces yo voy a ordeñar, ¿eh?
 DON ZOILO.—¿Cómo? ¿No han sacao la leche entuavía?
 ROBUSTA.—No, señor, porque...
 DON ZOILO.—¿Y qué hacen esas? ¿A qué hora se levantaron?
 ROBUSTA.—Muy temprano...
 DON ZOILO (*llamando*).—¡Dolores! ¡Rudelinda!
 ROBUSTA (*simultáneamente*).—Deje... Yo fuí, que...

ESCENA IV

(*Los mismos y RUDELINDA.*)

RUDELINDA.—¡Jesús! ¿Qué te duele?
 DON ZOILO.—¿No han podido salir entuavía de la madriguera? ¿Por qué no ordeñan de una vez?
 RUDELINDA.—¡Qué apuro! Ya fué Dolores. (*Intencionada.*) Te vino con el parte alguna tijaleta⁹⁰, ¿no? ¿Cuánto le pagás por viaje? (*Hace una mueca de desprecio a ROBUSTA, da un coletazo y desaparece. Pausa.*)

ESCENA V

(ROBUSTA, DON ZOILO y BATARÁ.)

BATARÁ *aparece silbando, saca un jarro de agua del barril y bebe.*
 BATARÁ.—¡Ta fría! (*A ROBUSTA.*) ¡Día! ¡Sión!⁹¹ ¡Madrina! Aquí le traigo pa usted. (*Le ofrece una yunta de perdices.*)

⁹⁰ tijaleta: ave palmípeda; mujer chismosa.

⁹¹ sión: abreviación de «bendición» (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

DON ZOILO.—¿Y Aniceto?
 BATARÁ.—Ái* viene; se apartó a bombiar⁹² el torito hosco que parece medio tristón.
 DON ZOILO.—¿Encontraron algo?
 BATARÁ.—Sí, señor. Cueriamos⁹³ tres con la ternera rosilla que murió ayer.
 ROBUSTA.—¡Ave María Purísima! ¡Qué temeridad!
 BATARÁ.—Y por el cañadón⁹⁴ grande encontramos un güey echado, y a la lechera chorriada⁹⁵ muy seria.
 DON ZOILO.—¿Les dieron güelta la pisada?
 BATARÁ.—Sí, señor. Pero pa mí que ese remedio no las cura. ¡Pcha! ¡Pidemia bruta! Se empieza a poner serio el animal, desganao, camina un poco, s'echa, y al rato no más queda tieso con una guampa⁹⁶ clavada en el suelo. Be⁹⁷ de ser algún pasto malo.
 ROBUSTA.—¡Qué tristeza! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Que tras de que tenemos tan pocos, se nos mueran los animales! ¡Y con el invierno encima!
 DON ZOILO.—No hay que afligirse, m'hija**. No hay mal que dure cien años. ¡Aístá Aniceto!

ESCENA VI

(*Los mismos y ANICETO.*)

ANICETO.—Tres... y dos por morir. (*A ROBUSTA.*) Buenos días... (*A ZOILO.*) Hay que mandar la rastra pa juntar los

* Sánchez escribe «Ahí», pero lo corrige y pone «Ái».

** «Mija», en el original.

⁹² bombear/iar: hacer sacar agua con una bomba; espiar, observar (Río de la Plata, Perú y Bolivia).

⁹³ cuerear/iar: desollar.

⁹⁴ cañadón: hondonada llena de agua.

⁹⁵ chorriada: pelaje vacuno.

⁹⁶ guampa: cuerno, del quechua «huampuru»; «clavar las guampas»: coloquial para morir.

⁹⁷ bé: debe (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

cueros. (*Sentándose en cualquier parte.*) Dicen que don Juan Luis tiene un remedio bueno allá en la estancia.

DON ZOILO.—Sí, una vacuna... Pero eso debe ser para animales finos.

BATARÁ.—¡Güena vacuna! Cuando vino el ingeniero ese pa probar el remedio, se murió medio rodeo⁹⁸ de mestizas en la estancia grande; ¡bah!... Ese franchute no más ha de haber sido el que trujo la epidemia.

ANICETO.—Grano malo no es.

DON ZOILO.—Últimamente, sea lo que sea...; que se muera todo de una vez. ¡Si fuera mío el campo, ya le habría prendido fuego! ¡Ensilame el overo!⁹⁹. (BATARÁ *mutis.*)

ESCENA VII

(RUDELINDA, ROBUSTA, DON ZOILO y ANICETO.)

RUDELINDA.—¡Che, princesa! Podés ir a tender la cama, si te parece. ¿O esperás que las sirvientas lo hagan? Pronto es mediodía, y todo está sucio.

ROBUSTA.—No rezongués. Ya voy... (*Vase.*)

RUDELINDA.—¡Movete, pues! (*A ANICETO.*) Buen día. ¿No han carniado?¹⁰⁰

DON ZOILO.—No sé qué... ¡Si no te carniamos a vos!

RUDELINDA.—¡Tas muy chusco! ¡No hablo con vos!

ANICETO.—No hay nada, doña. Anduve mirando si encontraba alguna ternera en buenas carnes y...

RUDELINDA.—Pues yo he visto muchas...

ANICETO.—Ajenas, serían...

DON ZOILO.—No perdás tiempo, hijo, en escuchar zoncercas¹⁰¹.

RUDELINDA.—¡Zoncercas! ¿Y qué comemos, entonces? ¿Que-

rés seguir manteniéndonos a pura mazamorra? Charque¹⁰² no hay más.

DON ZOILO.—Pero hay mucho rulo¹⁰³, y mucha moña¹⁰⁴, y mucha comadrería.

RUDELINDA.—Mejor.

DON ZOILO (*con rabia*).—¡Entonces, no se queje, canejo!

RUDELINDA.—¡Avisá si también pensás matarnos de hambre!

DON ZOILO.—Si tenés tanta, pegá un volido¹⁰⁵ pal campo. ¡Carnizas¹⁰⁶ no te han de faltar!... Podrás hartarte con tus amigos los caranchos¹⁰⁷. Che, Aniceto... Via dir¹⁰⁸ hasta el boliche¹⁰⁹ a buscar un emplasto poroso pa Robusta, que la pobre ta muy mal de la tos... Reparame un poco esto, y si se alborotan mucho las cotorras, meniales chumbo¹¹⁰ no más. (*Vase lentamente por izquierda.*)

RUDELINDA.—Eso es; pa esa guacha¹¹¹ tísica todos los cuidaos; los demás que revienten. Andá no más... Andá no más, que poco te va durar el contento. (*A ANICETO.*) ¿Y a usted lo han dejao de cuidador? Bonito papel, ¿no? ¡Jua!... ¡Jua!... El maizal con espantajo. (*Mutis.*)

ESCENA VIII

(ROBUSTA y ANICETO.)

ANICETO.—¡Pcha... que son piores! (*Se pone a lavarse las manos junto al barril, echándose agua con el jarro.*)

ROBUSTA.—¡Esperesé! ¡Yo le ayudo!

ANICETO.—No, dejá. Ya va a estar, hija.

¹⁰² charque: carne secada al sol, del quechua «charqui».

¹⁰³ rulo: en América es el mismo rizo de pelo; bucle.

¹⁰⁴ moña: lazo con que suelen adornarse la cabeza las mujeres (DRAE).

¹⁰⁵ volido: vuelo (de aves).

¹⁰⁶ carniza: cadáver de animal.

¹⁰⁷ carancho: ave de rapiña.

¹⁰⁸ via dir: voy a ir (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

¹⁰⁹ boliche: pequeño comercio de comestibles y bebidas, inferior en categoría a la pulpería.

¹¹⁰ chumbear: tirar con bala.

¹¹¹ guacho/a: huérfano/a, del quechua «huachu».

⁹⁸ rodeo: lugar abierto para el ganado; aquí, conjunto de ganado.

⁹⁹ overo: pelaje de caballo; cfr. «En un overo rosao...» (*Fausto*, E. del Campo I, 1).

¹⁰⁰ carnear/iar: matar una vaca para utilizar su carne.

¹⁰¹ zoncera: tontería (cfr. zonzo/a).

ROBUSTA (*tomando el jarro y volcándole agua en las manos*).—¡Hija! ¡La facha para padre de familia! ¿Quiere jabón?

ANICETO.—¡Gracias, ya está! (*Intenta secarse con el poncho*.)

ROBUSTA.—¡Ave María! No haga eso, no sea... (*Va corriendo adentro y vuelve con una toalla*.) Ahí tiene. (*Fatigada*.) ¡Jesús!, no puedo correr... Parece que me ahogo.

ANICETO.—¡Vea! ¡Por meterte a comedida!¹¹²

ROBUSTA.—Ya pasó. (*Burlona*.) ¡Retemé no más, tatita! ¡No digo! Si tiene andar de padre de familia.

ANICETO.—¡Oh!... Te ha dado fuerte con eso.

ROBUSTA.—¡Claro! ¡Si me trata con una seriedad!...

ANICETO.—¿Yo?

ROBUSTA.—¡Siempre que me habla pone una cara! (*Remedando*.) Así fea. (*Abucando la voz*.) «¡Gracias, m'hija! ¡Hacé esto, m'hija!» ¡Buen día, hija!» O si no, se pone bueno y mansito como tata y me trata de usted, «¡Hijita, el rocío puede hacerle mal! Hija, alcancemé eso, ¿quiere?» ¡Ja, ja, ja! Cualquiera día, equivocada, le pido la bendición.

ANICETO.—¡Vean las cosas que se le ocurren! Es mi manera así.

ROBUSTA.—¿Y cómo con otras no lo hace?

ANICETO.—¡Ah! Porque, porque...

ROBUSTA.—¡Dígalo, pues! A que no se anima.

ANICETO.—Porque, bueno... y si vamos a ver: ¿por qué vos me tratas de usted y con tanto respeto?

ROBUSTA (*confundida*).—¿Yo? ¿Yo? Este... ¡miren qué gracia! Porque... ¿Quiere que le cebe mate?

ANICETO.—¡No señor! ¡Respondé primero!

ROBUSTA.—Pues porque... antes, como yo era chica y usted... tamaño hombre, me parecía feo tratarlo de vos.

ANICETO.—¿Y ahora?

ROBUSTA (*ruborizada*).—Ahora... Ahora porque... porque me da vergüenza.

ANICETO (*extrañado*).—¡Vergüenza... de mí! ¡De un hermano casi!

ROBUSTA.—¡No... vergüenza, no! Este. ¡Sí! ¡No sé qué! Pero...

* «Mija», en el original.

¹¹² meterte a comedida: cfr. comedirse; ofrecerse para alguna cosa (DRAE).

(*Como inquietándose por sus propios pensamientos*.) ¡Ay! ¡Si nos vieran juntos! ¡Conversando así de estas cosas!...

ANICETO.—¿De cuáles?

ROBUSTA.—¡Nada, nada! Este. ¡Caramba! Venga a sentarse y hablaremos como dos buenos amiguitos...

ANICETO (*con mayor extrañeza y curiosidad*).—¿Y antes cómo hablábamos?

ROBUSTA (*impaciente*).—¡Jesús... si parezco loca! ¡No sé ni lo que digo! Quería decir... No me haga caso, ¿eh? Bueno. ¡Siéntese! ¡A ver! ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! Diga... ¿por qué venía tan triste esta mañana del campo?

ANICETO (*ingenuo*).—Pensando en todas las desgracias de padrino Zoilo.

ROBUSTA.—¡Cierto! ¡Pobre tatita! ¡Me da una lástima! ¡A veces tengo miedo de que vaya a hacer alguna barbaridad! (*Pausa*.) Pues... ¿Y en qué otra cosa pensaba?

ANICETO.—En nada.

ROBUSTA.—¿En nada, en nada, en nada más? Vamos... ¡A que no me dice la verdad!

ANICETO.—Por Dios, que no...

ROBUSTA.—¿Se curó tan pronto?

ANICETO.—¡Ay, hija! ¡No había caído!

ROBUSTA.—¿Otra vez? ¡Bendición, tatita!

ANICETO.—Bueno. No te trataré más así, si no te agrada.

ROBUSTA.—Me agrada. Es que usted piensa que siempre soy una chiquilina. Pero dejemos eso. ¿No venía pensando en... alguna persona?

ANICETO.—No hablemos de difuntos. Aquello tiene una cruz encima.

ROBUSTA.—Yo siempre pensé que Prudencia le iba a jugar feo...

ANICETO.—No me quería y se acabó.

ROBUSTA.—Hizo mal, ¿verdad?

ANICETO.—Pa mí que hizo bien. Peor es casarse sin cariño.

ROBUSTA.—Usted sí que la quería de veras. ¡Qué lástima! (*Pausa*.) Yo... todavía no he tenido novio... ninguno... ninguno...

ANICETO.—¿Te gustaría?

ROBUSTA.—¡Miren qué gracia! ¡Ya lo creo! Un novio de ademas pa que se casara conmigo y lo llevásemos a tata a vivir con nosotros. Siempre pienso en eso.

ANICETO.—¿Al viejo solo? ¿Y las otras?

ROBUSTA.—¡Ni me acordaba! Bueno; la verdad es que para lo que sirven... ¡bien se las podía llevar un ventarrón!

ANICETO (*pensativo*).—Conque... pensando en novios... ¡Está bien! ¡Ta bueno!

ROBUSTA (*después de un momento*).—Diga... ¿verdad que estoy mucho más gruesa?

ANICETO (*sorprendido en su distracción*).—¿Qué?

ROBUSTA.—¡Ave María, qué distraído!... ¿No me halla más respuesta?

ANICETO.—¡Mucho!

ROBUSTA.—Si no fuese por la tos, estaría tan alta y tan carnuda como Prudencia, ¿verdad? Sin embargo, Dios da pan al que no tiene dientes¹¹³.

ANICETO.—¡Así es!

ROBUSTA.—Yo, en lugar de ella...

ANICETO (*alzándose*).—En lugar de ella... ¿qué?

ROBUSTA.—¡Ay, qué curioso!

ANICETO.—Diga, pues.

ROBUSTA (*de pie, azorada, ante el gesto insistente de ANICETO*).—Pero... ¿Yo qué he dicho? No, no me haga caso. Estaba distraída. ¡Ay, me voy! Soy una aturdida. Adiós, ¿eh? (*Volviéndose*.) ¿No se va a enojar conmigo?

ANICETO (*tierno*).—¡Venga, hija, escúcheme!

ROBUSTA (*vivamente*).—¡Bendición, tata! (*Mutis*.)

ANICETO.—¡Santita! (*Vase lentamente por detrás del rancho*.)

ESCENA IX

(ÑA MARTINIANA, RUDELINDA, MISIA DOLORES y PRUDENCIA.)

ÑA MARTINIANA (*desde adentro izquierda*).—¡Ave María Purísima! (*con otro tono*.) ¡Sin pecado concebida! ¡Apiate¹¹⁴ no más, Martiniana, y pasá adelante! (*Apareciendo*.) ¡Jesús, qué

recibimiento! ¡Ni que fuera el rey de Francia!... ¡Ay, cómo vienen todos! (*Saludando*.) ¡Reverencias! ¡Reverencias! ¡Quédense sentaos, no más! ¡Los perdono!

RUDELINDA.—¡Ay, comadre! ¿Cómo le va? ¡La conocí en la voz!

ÑA MARTINIANA.—Dejuramente, porque ni me había visto... Creí mesmamente que el rancho se hubiese vuelto tapera... (*Aparecen sucesivamente DOLORES y PRUDENCIA*.) ¡Doña Dolores! ¡Prudencita! Estaban atariadas, ¿verdad?

PRUDENCIA.—No... Conversando, no más.

RUDELINDA (*acercándole un banco*).—Tome asiento, comadre.

ÑA MARTINIANA.—¡Siempre cumplida! Tanto honor de una comadre.

PRUDENCIA.—¿Y qué buenos vientos la traen?

ÑA MARTINIANA.—¡Miren, la pizcueta!¹¹⁵ Ya sabe que son güenos vientos.

PRUDENCIA.—De aquel rumbo...

ÑA MARTINIANA.—No pueden ser malos, ¿eh? Sin embargo, ande ustedes me ven, casi se me forma remolino en el viaje.

RUDELINDA.—¡Cuenta!

PRUDENCIA.—¿Qué le ocurrió?

ÑA MARTINIANA.—Nada. Que venía pa cá, y al llegar al portoncito e la cuchilla¹¹⁶, ¿con quién creerán que me topo? ¡Nada menos que con el viejo Zoilo!

PRUDENCIA.—¡Con tata!

ÑA MARTINIANA.—«¿Ande vas, vieja... arcabucera?», me gritó. «Ande me da la rial gana...», le contesté. Y ahí no más me quiso atravesar el caballo por delante. Pero yo, que no quería tener cuestiones con él, por ustedes, ¿saben?, nada más, taloníe la tubiana vieja y enderecé pa cá al galope.

PRUDENCIA.—¡Menos mal!

ÑA MARTINIANA.—¡Verás, hijita! ¡La cuestión no acabó ahí! En cuanto me vido galopiando, adivinen lo que hizo ese viejo hereje. «¿Ande te has de dir, avestruz loco?», me gritó, y

¹¹³ Dios... dientes: refrán que también se conoce de las siguientes maneras: «Da Dios almendras al que no tiene muelas»; «Dio Dios habas a quien no tiene quijadas» (cfr. Santillana y *La Celestina*).

¹¹⁴ apiate: apéate (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

¹¹⁵ pizcueta: jovencita pizpireta; niña vivaz.

¹¹⁶ cuchilla: loma; sierra baja y alargada.

empezó a revolver las boleadoras¹¹⁷. Sea cosa¹¹⁸, dije yo, que lo haga, y sujeté no más. «¿Vas pa casa?» «¿Qué le importa?» Y se armó la tinguítanga¹¹⁹. «Sí, señor; viá a visitar a mi comadre y a las muchachas, que las pobres son tan güenas y usted las tiene viviendo en la inopia, soterradas en una madriguera», y que tal y que cual. ¡Pcha!... Ahí no más se me durmió a insultos¹²⁰. Pero yo no me quedé atrás y le dije, defendiéndolas a ustedes, como era mi obligación, tantas verdades, que el hombre se atoró. Aurita no más me pega un chirlo¹²¹, pensé. ¡Pero, nada!... Se quedó un rato serio rascándose la piojera, y después, dentrando en razón, de juramento, me dijo: «Hacé lo que te acomode... ¡al fin y al cabo!...» ¿Qué les parece? Después habrá quien dice que ña Martiniana Rebenque no sabe hacer las cosas. ¡Ah! ¿Y sabés lo que me dijo también al principio?... Que sabía muy bien que don Juan Luis había estao en casa aquel día que vos fuiste, Prudencia, a pasar conmigo... Qué temeridad, ¿no?

ESCENA X

(Los mismos y ROBUSTA.)

ROBUSTA (*aparece demudada, sosteniéndose en el marco de la puerta; con voz muy débil*).—¿Me quieren dar un poco de agua?

RUDELINDA.—Ahí está el barril.

ROBUSTA (*tose tapándose la boca con un pañuelo que debe estar ligeramente manchado de sangre*).—¡No... puedo!

ÑA MARTINIANA.—¿Cómo te va, hija?... ¡Che!... ¿Qué tenés? (*Acude en su ayuda*.) Vengan, que a esta muchacha le da un mal...

¹¹⁷ boleadoras: sogas que llevan en su extremo bolas (piedras envueltas en cuero) que se lanzan a distancia sobre los animales para derribarlos.

¹¹⁸ sea cosa, dije: no sea cosa...

¹¹⁹ armar la tinguítanga: armar jaleo.

¹²⁰ dormir a insultos: en Argentina «dormir» puede significar desmayar a alguien de una trompada.

¹²¹ chirlo: latigazo.

MISIA DOLORES (*alarmada*).—¡Hija!... ¿Qué te pasa?

ÑA MARTINIANA (*avanza sosteniéndola*).—¡Coraje, mujer! No es nada, no se aflija... Con un poco de agua...

PRUDENCIA (*que se ha acercado llevando el agua*).—Tomá el agua. ¡Parece que echa sangre!

RUDELINDA.—¡De las muelas, será!... ¡Más manera esa zorra!

ROBUSTA (*bebe un sorbo de agua, sofocada siempre por la tos, y a poco reacciona un tanto*).—No fue nada... Llévenme adentro.

MISIA DOLORES.—¡Virgen Santa! ¡Qué susto!

ÑA MARTINIANA (*conduciéndola con PRUDENCIA*).—Hay que cuidar, hija, esa tos. Así... empiezan todos los tísicos... Yo siempre le decía a la finadita hija de don Basilio Fuentes... «Cuidate, muchacha... Cuidate, muchacha», y ella... (*Mutis.*)

ESCENA XI

(Los mismos, menos ROBUSTA.)

MISIA DOLORES.—Esta hija todavía nos va a dar un disgusto; verás lo que te digo.

RUDELINDA.—No te preocupés. De mimosa lo hace. Pa hacer méritos con el bobeta¹²² del padre.

MISIA DOLORES.—¡No exagerés! Enferma está.

RUDELINDA.—Bueno... Pero la cosa no es pa tantos aspavientos.

ÑA MARTINIANA (*reapareciendo con PRUDENCIA*).—¡Ya está aliviada!

MISIA DOLORES.—¿Se acostó?

ÑA MARTINIANA.—Sí... Vestida no más... Sería bueno que usted fuera a verla, doña Dolores... y le diera un tecito de cualquier cosa.

MISIA DOLORES (*disponiéndose a ir*).—Eso es... Un té de sauco; ¿será bueno?

¹²² bobeta: aumentativo de bobo (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

ÑA MARTINIANA.—Sí, o si no, mejor, una cucharada de aceite de comer... Suaviza el caño de la respiración. (DOLORES *mutis*.)

ESCENA XII

(*Los mismos, menos MISIA DOLORES.*)

RUDELINDA.—Y después, comadre, ¿qué pasó?

PRUDENCIA.—Tata se fue y...

ÑA MARTINIANA.—Y nada más.

PRUDENCIA.—¿Qué noticias nos trae?

RUDELINDA.—No tenga miedo...

ÑA MARTINIANA.—Bueno, dice don Juan Luis que no halla otro remedio; que ustedes deben apurarse y convencer a doña Dolores y mandarse mudar con ella pa la estancia vieja... El día que ustedes quieran él les manda el breque¹²³ al camino y... ¡a las de juir!

PRUDENCIA.—¿Y Robusta? ¿Y tata?

RUDELINDA.—¿Y Aniceto?

ÑA MARTINIANA.—Ése es zonzó de un lao... A Robusta la llevan no más, y en cuanto al viejo, ya verán cómo poniéndole el nido en la jaula, cai como misto¹²⁴. Ta aquerenciado¹²⁵ con ustedes. Y más si le llevan a la gurisa.

RUDELINDA.—¿Y cómo?

PRUDENCIA.—Yo tengo miedo por tata. ¡Es capaz de matar a Juan Luis!

ÑA MARTINIANA.—¡Qué va a matar ése! Y, además, no tiene razón; porque don Juan Luis no se mete en nada. Son ustedes mismas las que resuelven. ¿Por qué le van a consentir a ese hombre, después que les ha derrochao el güen pasar que tenían, que las tenga aquí encerradas y muriéndose de hambre? ¡No faltaría más! Si juese pa algo malo, yo sería la primera en decirles: ino lo hagan! Pero es pal bien

de todos, hijas. Ustedes se van allá, primero, lo convencen al viejo, y después a vivir la güena vida. Vos con tu Juan Luis, que tal vez se case pronto, como me lo ha asiguro; usted comadre, con su comisario... que me han dicho, que me han dicho que anda en tratos de arriendo pa poblar y ayuntarse... ¿eh? Se pone contenta. Y todo como antes.

PRUDENCIA.—Sí, la cosa es muy linda. Pero tata, tata...

ÑA MARTINIANA.—¡Qué tanto preocuparte del viejo! Peor sería que juyeras vos sola con tu rubio, como sucede tantas veces; demasiado honrada que sos entuavía, hijita. A otros más copetudos que el viejo Zoilo les han hecho doblar el cogote las hijas, por meterse a contrariarles los amores. Ustedes no van a cometer ningún pecao, y además, si el viejo tiene tanta vergüenza de vivir como él dice de prestaó, más vergüenza debería de darle mantenerse a costillas de un pobre como el tape¹²⁶ Aniceto, que es el dueño de todo esto.

RUDELINDA.—Claro está. Y últimamente¹²⁷, si él no quiere venirse con nosotras, que se quede; pa eso estaremos Dolores y yo, pal respeto de la casa... ¡iqué diablos! (*Resuelta.*) ¡Se acabó! Voy a conversar con Dolores y verás cómo la convengo.

ÑA MARTINIANA.—¡Así me gusta, comadre! Las mujeres han de ser de resolución.

ESCENA XIII

(*PRUDENCIA y ÑA MARTINIANA.*)

PRUDENCIA.—Rudelinda no sabe nada de aquello, ¿verdad?

ÑA MARTINIANA.—¡Qué esperanza! ¿Te has creído que soy alguna?... ¡No faltaba más!

PRUDENCIA.—No sé por qué me parece que anda desconfiada.

¹²³ breque: del inglés «break»; coche grande de cuatro ruedas.

¹²⁴ misto: pájaro, también «pinzoncito del campo».

¹²⁵ aquerenciado: tomar querencia (cariño) a una persona o un lugar.

¹²⁶ tape: del guaraní «tape»; persona aindiada, de baja estatura y de barba rala.

¹²⁷ últimamente: «por último».

ÑA MARTINIANA.—No hagás caso. Hacé de cuenta que todo ha pasao entre vos y él. Además, pa decir la verdá, yo no vide nada... Taba en la cachimba¹²⁸ lavando.

PRUDENCIA.—¡Pschsss!

ESCENA XIV

(*Los mismos, RUDELINDA y DON ZOILO.*)

DON ZOILO.—¿Ande está Robustiana?

PRUDENCIA.—Acostada. (*Zoilo vase.*)

ÑA MARTINIANA.—Mire, don Zoilo. Tiene que cuidar mucho a esa gurisa. No la hallo bien. No me gusta ningún poquito esa tos.

RUDELINDA.—No pude hablar con Dolores; pero es lo mismo. ¿Pa cuándo podrá ser, comadre?

ÑA MARTINIANA.—Cualquier día. No tiene más que avisarme. Ya saben que pa obra güena siempre estoy lista.

RUDELINDA.—Bueno; pasao mañana. ¿Te parece, Prudencia? ¡O mejor, mañana, no más!

ESCENA XV

(*Los mismos, ANICETO y el SARGENTO.*)

ANICETO.—¡Pase adelante!

SARGENTO.—¡Güen día! (*A RUDELINDA.*) ¿Cómo le va, doña?

(*A PRUDENCIA.*) ¿Qué tal, moza? ¿Qué hace, ña Martiniana?

RUDELINDA.—¿Cómo está, sargento? ¿Y el comisario?

SARGENTO.—Güeno. Aquí le manda muchos recuerdos y esta cartita pa usted.

RUDELINDA.—Está bien, gracias.

ÑA MARTINIANA.—¿Anda de recorrida o viene derecho?

SARGENTO.—Derecho... Vengo en comisión. (*Volviéndose a ANICETO.*) ¡Ah!... Y con usted tampoco anda muy bien el comisario. Dice que a ver por qué no jué a la reunión de los otros días; que si ya se ha olvidao que hay elecciones, y superior gobierno, y partidos.

ANICETO.—Digalé que no voy ande no me convidan.

SARGENTO.—¡No se retobe¹²⁹, amigazo! La política anda alborotada y no es güeno estar mal con el superior. ¿Y don Zoilo? (*A RUDELINDA.*) Me dijo el capitán que no se juesen a asustar las mozas, que no es pa nada malo. Estará un rato en la oficina. Cuando hable con él, lo largan.

ESCENA XVI

(*Los mismos y DON ZOILO.*)

DON ZOILO.—¿Qué andás queriendo vos por acá?

SARGENTO.—¡Güen día, viejo! Aquí andamos. Este... vengo a citarlarlo.

DON ZOILO.—¿A mí?

SARGENTO.—Es verdad.

DON ZOILO.—¿Pa qué?

SARGENTO.—Vaya a saber uno... Lo mandan y va.

DON ZOILO.—¿Y no tienen otra cosa que hacer que molestar vecinos?

SARGENTO.—Así será. (*BATARÁ asoma, escucha un momento la conversación y se va.*)

DON ZOILO.—Ta güeno. Pues... Decile a Butiérrez que si por casualidad tiene algo que decirme, mande o venga. ¿Me has oído?

SARGENTO.—Es que vengo en comisión.

DON ZOILO.—¡Y a mí qué me importa!

SARGENTO.—Con orden de llevarlo.

DON ZOILO.—¿A mí? ¿A mí?

SARGENTO.—Eso es.

¹²⁸ cacimba/cachimba: hoyo con agua potable.

¹²⁹ retobarse: enfadarse.

DON ZOILO.—¿Pero han oído ustedes?

SARGENTO (*paternal*).—No ha de ser por nada. Cuestión de un rato. Venga no más. Si se resiste, va a ser pior.

ÑA MARTINIANA.—Claro que sí. Bé de ir no más a las güenas. ¿Qué saca con resistir a la autoridad?

DON ZOILO.—¡Callá esa lengua vos! Vamos a ver un poco; ¿no estás equivocao? ¿Vos sabés quién soy yo? ¡Don Zoilo Carabajal, el vecino don Zoilo Carabajal!

SARGENTO.—Sí, señor. Pero eso era antes, y perdone. Aura es el viejo Zoilo, como dicen todos.

DON ZOILO.—¡El viejo Zoilo!

SARGENTO.—Sí, amigo; cuando uno se güelve pobre, hasta el apelativo¹³⁰ le borran.

DON ZOILO.—¡El viejo Zoilo! Con razón ese mulita de Butierrez se permite nada menos que mandarme a buscar preso. En cambio, él tiene aura hasta apellido... Cuando yo le conocí no era más que Anastasio, el hijo de la parda¹³¹ Benita. ¡Trompetas!¹³². (*A voces.*) ¡Trompetas! ¡Trompetas, canejo!

ANICETO.—No se altere, padrino. A cada chanco¹³³ le llega su turno.

DON ZOILO.—¡No me' de alterar, hijo! Tiene razón el sargento. El viejo Zoilo y gracias. ¡Pa todo el mundo! Y los mejores a gatas si me tienen lástima. ¡Trompetas! Y si yo tuviese la culpa, menos mal. Si hubiese derrochao, si hubiese jugao, si hubiera sido un mal hombre en la vida, si le hubiese hecho daño a algún cristiano, paso; lo tendría merecido. Pero juí bueno y servicial; nunca cometí una mala acción, nunca... ¡canejo!, y aura, porque me veo en la mala, la gente me agarra pal manoseo, como si el respeto fuese cosa de poca o mucha plata.

SARGENTO.—Eso es. Eso es.

RUDELINDA.—¡Ave María! ¡No exagerés!

DON ZOILO.—¡Que no exagere! ¡Si al menos ustedes me respetaran! Pero ¡ni eso, canejo! Ni los míos me guardan consideración. Soy más viejo Zoilo pa ustedes, que pal más ingrato de los ajenos... ¡Vida miserable! Y yo tengo la culpa. ¡Yo!... ¡Yo! ¡Yo! Por ser demasiao pacífico. Por no haber dejao un tendal¹³⁴ de bellacos. ¡Yo... tuve la culpa! (*Después de una pausa.*) ¡Y dicen que hay Dios!... (*Pausa prolongada; las mujeres, silenciosas, vanse por foro, DON ZOILO se pasea.*)

ESCENA XVII

(DON ZOILO, ANICETO, SARGENTO y BATARÁ.)

DON ZOILO.—Está bien, sargento. Lléveme no más. ¿Tiene orden de atarme? Proceda no más.

SARGENTO.—¡Qué esperanza! Y aunque tuviese. Yo no ato cristiano manso.

DON ZOILO.—¿No sabe qué hay contra mí?

SARGENTO.—Decían que una denuncia de un vecino.

DON ZOILO.—¡También eso! ¡Quién sabe si no me acusan de carniar ajeno!¹³⁵. Lo único que me faltaba...

BATARÁ (*que se ha aproximado por detrás del rancho a ANICETO*).—Si quieren resistir, le escondo la carabina al milico¹³⁶.

ANICETO.—¡Salí de acá!

DON ZOILO (*al SARGENTO*).—Cuando guste... Tengo el caballo ensillao. (*A ANICETO.*) Hasta la güelta, hijo. Si tardo, cuidame mucho a la gurisa... que la pobrecita no está nada bien.

ANICETO.—Vaya tranquilo.

DON ZOILO.—Güeno. Marcharé adelante, como preso acostumbrao.

SARGENTO (*A ANICETO*).—¡Salú, mozo! (*Mutis. BATARÁ le sigue azorado.*)

¹³⁴ tendal: profusión de cosas, gran cantidad.

¹³⁵ carniar ajeno: matar y preparar un animal robado.

¹³⁶ milico: soldado, militar.

¹³⁰ apelativo: el apellido en el habla rural.

¹³¹ pardo/a: mulato; en general, persona de piel oscura como consecuencia de la mezcla racial.

¹³² trompeta: persona inservible; pícaro.

¹³³ chanco: cerdo.

ESCENA XVIII

(ROBUSTA y ANICETO.)

ROBUSTA.—Aniceto... ¿Y tata?

ANICETO.—Ahí lo llevan.

ROBUSTA.—Preso, ¿verdad?

ANICETO.—Preso.

ROBUSTA (*echándose a correr*).—¡Ay, tatita!

ANICETO (*deteniéndola*).—No, no vayás. Se afligiría mucho...

ROBUSTA.—¡Tata no ha dao motivo! ¡Lo llevan pa hacerle alguna maldad! Dejémé ir. ¡Yo quiero verlo! ¡Yo quiero verlo! Capaces de matarlo. ¡Larguemé!

ANICETO.—Venga acá. No se aflija. Es pa una declaración.

ROBUSTA.—¡No, no, no, no! ¡Usted me engaña! ¡Ay, tatita querido! (*Llora desconsolada.*)

ANICETO.—Calmesé... no sea mala.

ROBUSTA.—¡Aniceto! ¡Aniceto! El corazón me anuncia desgracia; ¡dejémé ir!

ANICETO.—¿Qué sacaría con afligir más a su tata? Es una injusticia que lo prendan sin motivo. Pero ¿qué le hemos de hacer? Calmesé y esperemos. Antes de la noche lo tendremos de vuelta.

ROBUSTA.—Pero ¿y mama? ¿Y Prudencia? ¿Y la otra? ¿Qué han hecho por tata?

ANICETO.—¡Nada, hija! Ahí andan con el rabo caído, con vergüenza de juramento.

ROBUSTA.—¡Qué idea! ¡Tal vez ellas, no más! Serían capaces las infames. (*Enérgica.*) ¡Oh!... Yo lo he de saber.

ANICETO.—Quedesé quieta; ¡no se meta con esas brujas que es pa pior!

ROBUSTA.—Sí, son ellas, son ellas pa quedar más libres. ¡Ay, Dios Santo! ¡Qué infames!

ANICETO.—No sería difícil. Pero calma. Tal vez todo eso sea pa mejor. No hay mal que dure cien años... Estese tranquila y tenga paciencia.

ROBUSTA.—¡Ah! Usted es muy bueno. El único que lo quiere.

ANICETO.—¡Bien que se lo merece! Amalaya me saliera bien una idea y verán cómo pronto cambiaban las cosas.

ROBUSTA.—¿Qué idea? Cuéntemela.

ANICETO.—Después; más tarde.

ROBUSTA.—¡No! ¡Ahora! Dígamela pa consolarme.

ANICETO.—Bueno; si me promete ser juiciosa... ¿Se acuerda lo que hace un rato me decía hablando de novios?

ROBUSTA.—Sí.

ANICETO.—Pues ya le tengo uno.

ROBUSTA (*sorprendida*).—¿Como yo quería?

ANICETO.—Igualito... De modo que si a usted le gusta... un día nos casamos.

ROBUSTA.—¡Ay, Jesús!

ANICETO.—¿Qué es eso, hija? ¿Le hice mal? Si hubiese sabido...

ROBUSTA.—No... un mareo. Pero ¿lo dice de veras? (*Asentimiento.*) ¿De veras? ¿De veras? (*Id.*) ¡Ay!... Aniceto... Me dan ganas de llorar... de llorar mucho. Mi Dios, ¡qué alegría! (*Llora estrechándose a ANICETO, que la acaricia enternecido.*)

ANICETO.—¡Pobrecita!

ROBUSTA.—¡Qué dicha! ¡Qué dicha! ¿Ve? Ahora me río... De modo... que usted me quiere... ¿Y... usted cree que yo me voy a curar y a poner buena moza... y nos casamos? ¿Y viviremos con tata los tres, los tres solitos? ¿Sí? Entonces no lloro más.

ANICETO.—¿Aceta?¹³⁷

ROBUSTA.—¡Dios!... ¡Si parece un sueño! Vivir tranquilos, sin nadie que moleste, queriéndose mucho; el pobre tata, feliz, allá lejos... en una casita blanca... Yo sana... sana... ¡En una casita blanca! (*Radiante, va dejando resbalar la cabeza sobre el pecho de ANICETO.*)

TELÓN

¹³⁷ aceta: acepta (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

Acto tercero

Igual decoración que el acto segundo, más una cama de fierro¹³⁸
bajo el alero, junto a la puerta. Es de día.*

*Al levantarse el telón, aparece en escena DON ZOILO, encerrando un
lazo y silbando despacito¹³⁹. Al concluir lo cuelga del alero.*

*Luego de un pequeño momento, hace mutis por el foro, a tiempo que
salen del rancho RUDELINDA y MISIA DOLORES.*

ESCENA PRIMERA

RUDELINDA.—¡Ahí se va solo! Andá a hablarle. Le decís las cosas claramente y con firmeza. Verás cómo dice que sí; está muy quebrao ya... Peor sería que nos fuésemos, dejándolo solo en el estao en que se halla.

* En el original de Sánchez, el tercer acto tiene el siguiente encabezamiento:

«La misma decoración. Muestras de abandono. Contra la pared del rancho una cama desarmada asoleándose.»

ESCENA

«Al levantarse el telón, Zoilo debe estar concluyendo de ensebar un lazo; cuando termina lo enrolla y lo cuelga en el alero. Luego bebe un jarro de agua y se aleja lentamente, silbando bajo un motivo cualquiera; monótono motivo que silba durante todo el acto.»

¹³⁸ fierro: hierro.

¹³⁹ despacio: en voz baja.

MISIA DOLORES.—Es que... no me animo; me da no sé qué...

¿Por qué no le hablás vos?

RUDELINDA.—Bien sabés que conmigo, ni palabra.

MISIA DOLORES.—¿Y Prudencia?

RUDELINDA.—¡Peor todavía! Animate, mujer. Después de todo no te va a castigar. Y como mujer déj que sos, tenés derecho a darle un consejo sobre cosas que son pal bien de todos.

MISIA DOLORES.—No. De veras. No puedo. Siento vergüenza, miedo, ¡qué sé yo!

RUDELINDA.—¡Jesús!... ¿Te entra el arrepentimiento y la vergüenza después que todo está hecho? Además, no se trata de un delito.

MISIA DOLORES.—No me convencés... Prefiero que nos vayamos callaos no más... como pensamos irnos la otra vez.

RUDELINDA.—Se ofenderá más y no quedará saber después de nada...

MISIA DOLORES.—Y don Juan Luis, ¿no le iba a escribir?

RUDELINDA.—Le escribió, pero el viejo rompió la carta sin leerla. Resolvete, pues.

MISIA DOLORES.—No... no... y no.

RUDELINDA.—¡Bueno! Se hará como vos decís. Pero después no me echés las culpas si el viejo se empaca. ¡Mirá! Ahí llega Martiniana con el breque. Si te hubieses decidido, ya estaríamos prontas¹⁴⁰. ¡Pase, pase, comadre!

ESCENA II

(Los mismos y ÑA MARTINIANA.)

ÑA MARTINIANA.—¡Buen día les dea Dios!

RUDELINDA.—¿Qué es ese lujo, comadre? ¡En coche!

ÑA MARTINIANA.—Ya me ve. ¡Qué corte! Pasaba el breque vacío cerca a casa, domando esa yunta, y le pedí al pión que

¹⁴⁰ pronto/a: dispuesto, preparado (DRAE).

me trujiese. (*Bajo.*) Allá lo vide al viejo a pie, por entre los yuyos¹⁴¹. ¿Le hablaron?

RUDELINDA.—¿Qué? Esa pavota no se anima. Nos vamos callados.

ÑA MARTINIANA.—Como ustedes quieran. Pero yo, en el caso de ustedes, le hubiese dicho claro las cosas. El viejo, que ya está bastante desconfiao, puede creer que se trata de cosas malas. Cuando íbamos a juir la otra vez, era distinto. Entonces vivía entuavía la finadita Robustiana, Dios la perdone, y era más fácil de convencer.

RUDELINDA.—Ya lo estás oyendo, Dolores.

MISIA DOLORES.—Tendrán ustedes razón... Pero yo no me atrevo a decirle nada.

RUDELINDA.—Entonces nos quedamos... a seguir viviendo una vida arrastrada, como los sapos, en la humedad de este rancho, isin tener qué comer casi, ni qué ponemos, ni relaciones, ni nada!

MISIA DOLORES.—No sé por qué... pero me parece que me anuncia el corazón que eso sería lo mejor. Al fin y al cabo no lo pasamos tan mal... Y tenga los defectos que tenga, mi marido no es un mal hombre.

RUDELINDA.—Pero bien sabés que es un maniático. Por necesidad, sería la primera en acetar la miseria... Pero lo hace de gusto, de caprichoso. Don Juan Luis le ofrece trabajo; nos deja seguir viviendo en la estancia como si fuese nuestra. ¿Por qué no quiere? Si no le gustaba que Juan Luis tuviese amores con Prudencia y que Butiérrez me visitase, y que nos divirtiésemos de cuando en cuando... con decirlo, santas pascuas...

ÑA MARTINIANA.—Claro está... Yo, comadre...

RUDELINDA.—Todo fué por hacerle gusto a ese ladio de Aniceto, que andaba celoso de Prudencia, y por los chismes de la gurisa... Por eso no más. Ahora que se acabó el asunto, no veo por qué ha de seguir porfiando.

MISIA DOLORES.—Bien; no hablemos más, ¡por favor!... ¡Hagan de mí lo que quieran! Pero no me animo, no me animo a hablarle. (*Se va.*)

¹⁴¹ yuyo: del quechua «yuyu»; cualquier hierba silvestre.

ESCENA III

(Los mismos, menos MISIA DOLORES.)

ÑA MARTINIANA.—Últimamente, ni le hablen... yo decía por decir... Mire, comadre..., vámonos no más. La cosa sería hacerlo retirar hoy de las casas. Vamos a pensar. Si me hubiesen avisao temprano, yo le hablo a Butiérrez pa que lo cite como la vez pasada. ¡Estuvo güeno aquello! ¡Lástima que la enfermedá de la gurisa no nos dejó juir! ¡Qué cosa! Si no fuese que se murió la pobrecita, pensaría que lo hizo de gusto. ¡Dios me perdone!

RUDELINDA.—Bueno, y ¿cómo haríamos, comadre?

ÑA MARTINIANA.—No se aflija. Ta tratando con una mujer de recursos... ¡Peresé! ¡Peresé!... Vea, iya sé! ¡Pcha!, si lo que no invento yo, ni al diablo se le ocurre. Vaya no más tranquila, comadre, a arreglar sus cositas...

RUDELINDA.—¿Contamos con usted, entonces?

ÑA MARTINIANA.—¡Phsss! Ni qué hablar. (RUDELINDA *mutis*.)

ESCENA IV

(ÑA MARTINIANA y PRUDENCIA.)

ÑA MARTINIANA.—Güeno, pitaremos¹⁴², como dijo un gringo¹⁴³... (Lía un cigarrillo y lo enciende.)

PRUDENCIA.—¿Qué tal, Martiniana?

ÑA MARTINIANA.—Aquí andamos, hija... Ya te habrás despedido de toda esta miseria. Mire que se precisa ancheta¹⁴⁴ pa tenerlas tanto tiempo soterradas en semejante madriquera. Fijate, che... ¡La mansión con que te pensaba ose-

¹⁴² pitar: fumar.

¹⁴³ gringo: extranjero; en el Río de la Plata, sobre todo el italiano.

¹⁴⁴ ancheta: simpleza, tontería.

quiar ese abombao¹⁴⁵ de Aniceto!... ¿Pensaría que una muchacha decente y educada, y acostumbrada a la comodidad, iba a ser feliz entre esos cuatro terrones? ¡Qué abombao! Mejor han hecho su casa aquellos horneritos, en el mojinete... ¡Qué embromar! ¡Che... che! ¡La cama de la finadita!... ¿Sabés que me dan ganas de pedirla pa mi Nicasia? La misma que lo hago... Dicen que ese mal se pega... pero con echarle agua hirviendo y dejarla al sol... Ta en muy güen uso y es de las juertes. ¡Ya te armaste, Martiniana!... ¡Pobre gurisa!... ¡Quién iba a creer! Y ya hace... ¿cuánto, che? Como veinte días. ¡Dios la tenga en güen sitio a la infeliz! ¡Cómo pasa el tiempo! Che, ¿y era cierto que se casaba pronto con Niceto?

PRUDENCIA.—Ya lo creo. Aniceto no la quería; ¡qué iba a querer! ¡Pero por adular a tata!

ÑA MARTINIANA.—Enfermedad bruta, ¿eh? ¿Qué duró? Ocho días o nueve, y se fué en sangre por la boca. (*Suspirando*.) ¡Ay, pobrecita! ¿Y el viejo, sigue callao no más?

PRUDENCIA.—Ni una palabra. Desde que Robustiana se puso mal, hasta ahora no le hemos oído decir esta boca es-mía... Conversa con Aniceto, y eso lejos de la casa... y después se pasa el día dando vueltas y silbando despacito.

ÑA MARTINIANA.—Ha quedao maniático con el golpe. La quería con locura.

ESCENA V

(Los mismos, ANICETO y DON ZOILO.)

ANICETO *cruza la escena con algunas herramientas en la mano y va a depositarlas bajo el alero.*

DON ZOILO (*que entra un instante después, silbando en la forma indicada*¹⁴⁶, a ANICETO).—¿Acabó?

ANICETO.—Sí, señor...

DON ZOILO.—¿Quedó juerte la cruz?

¹⁴⁵ abombado/a: de inteligencia tarda.

¹⁴⁶ silbando... indicada: véase la acotación original del «Acto tercero».

ANICETO.—Sí, señor... Y alrededor de la verja, le planté unas enredaderitas. Va a quedar muy lindo.

DON ZOILO.—Gracias, hijo. (*Recomenzando el motivo, tantea el lazo que dejó antes y regresa hacia el barril de agua bebiendo algunos sorbos.*)

ÑA MARTINIANA.—Güen día, don Zoilo... Yo venía en el breque a pedirle que las dejara a Dolores y a las muchachas ir a pasar la tarde a casa.

DON ZOILO.—¿Qué?

ÑA MARTINIANA.—Ir a casa. Las pobres están tan tristes y solas, que me dio pena...

DON ZOILO (*para sí*).—¿Cómo no? Es mucho mejor. (*Mutis.*)

ÑA MARTINIANA.—Muchas gracias, don Zoilo. Ya sabía... (*Volviéndose.*) Che, Pruda, corré y avisales que está arreglao; que vengan no más cuando quieran. (*PRUDENCIA vase.*)

ESCENA VI

(ANICETO y ÑA MARTINIANA.)

ANICETO.—¡Ep! ¡Vieja! En seguidita, pero en seguidita, ¿me oye?, sube en ese breque y se manda mudar.

ÑA MARTINIANA.—Pero...

ANICETO.—No alcés la voz... (*Enseñándole el talero.*) ¿Ves esto? ¡Güeno!... ¡Sin chistar!

ÑA MARTINIANA.—Yo...

ANICETO.—¡Volando, he dicho! ¡Ya!... (*MARTINIANA se va encogida, bajo la amenaza del talerazo con que la amaga¹⁴⁷ durante un trecho ANICETO.*)

ESCENA VII

(ANICETO y RUDELINDA.)

ANICETO (*volviéndose*).—¡Son lo último de lo pior! ¡Ovejas locas!

RUDELINDA.—¿Y mi comadre?

ANICETO.—Se fué.

RUDELINDA.—¿Cómo? ¡No puede ser!

ANICETO.—Yo la espanté.

RUDELINDA (*queriendo llamarla*).—Martí...

ANICETO (*violento, a la vez*).—¡Cállese! ¡Llame a doña Dolores!

RUDELINDA (*sorprendida*).—¿Pero qué hay?

ANICETO.—Llamelá y sabrá. (*RUDELINDA, asomándose a la puerta del rancho, hace señas.*)

ESCENA VIII

(*Los mismos y MISIA DOLORES.*)

MISIA DOLORES.—¿Qué pasa?

RUDELINDA.—No sé... Aniceto...

MISIA DOLORES.—¿Qué querés, hijo?

ANICETO.—Digan... ¿No tienen alma ustedes? ¿Qué herejía¹⁴⁸ andan por hacer?

MISIA DOLORES (*confundida*).—¿Nosotras?

ANICETO.—Las mismas... ¿No les da ni un poco de lástima ese pobre hombre viejo? ¿Quieren acabar de matarlo?

RUDELINDA.—Che..., ¿con qué derecho te metés en nuestras cosas? ¿Te dejó enseñada la lección Robustiana?

ANICETO.—Con el derecho que tiene todo hombre bueno de evitar una mala acción... Ustedes se quieren dir pa la estancia vieja..., escaparse y abandonarlo cuando más carece de consuelo y de cuidados el infeliz. ¿Qué les precisa darle ese disgusto que lo mataría? Vea, doña Dolores, usted es una mujer de respeto y no del todo mala. Por favor: impóngase de una vez... Mande en su casa, resignese a todo y trate de que padrino Zoilo vuelva a encontrar en la familia el amor y el respeto que le han quitado...

MISIA DOLORES.—Yo..., yo..., yo no sé nada, hijo.

¹⁴⁸ herejía: despropósito, disparate.

¹⁴⁷ amagar: dejar ver la intención de ejecutar alguna acción (DRAE).

RUDELINDA.—Dolores hará lo que mejor le cuadre; ¿has oído? Y no precisa consejos de entrometidos.

ANICETO.—Callesé. ¡Usted es la pior! La que les tiene regüeltos los sesos a esas dos desgraciadas. Ya tiene edá bastante pa aprender un poco e juicio...

RUDELINDA.—¡Jesús María! ¡Y después quedarán que una no se queje! ¡Si hasta este mulato guacho se permite manosiarla! ¿Qué te has creído, trompeta?

ANICETO.—Haga el favor. ¡No grite! ¡Podría oír!

RUDELINDA.—Bueno. ¡Que oiga! Si lo tiene que saber después, que lo sepa ahora... Sí, señor... Nos vamos pa la estancia, a lo nuestro... Queremos vivir con la comodidad que Zoilo nos quitó por un puro capricho... ¡A eso!... Y si a él no le gusta, que se muerda. No vamos a estar aquí tres mujeres (ZOILO *aparece por detrás del rancho*) dispuestas a sacrificarnos toda la vida por el antojo de un viejo maniático.

ANICETO.—¿Usted qué dice, señora?

MISIA DOLORES.—¡Ay! ¡No sé! ¡Estoy tan afligida!

ANICETO.—Bueno. Si usted no dice nada, yo... yo no voy a permitir que cometan esa picardía.

RUDELINDA.—¿Vas a orejear¹⁴⁹... como es tu costumbre? Si no les tenemos miedo... ¡a ninguno de los dos! Andá, contale, decile que...

ANICETO.—¡Ah! Conque ni esa vergüenza les queda... ¡Arrastradas!... Conque se empeñan en matarlo de pena... Pues güeno, lo mataremos entre todos; pero les viá a sobar el lomo de una paliza primero, y todavía será poco, ¡desorejadas!¹⁵⁰. ¡Pa lo que merecen! ¡Desvergonzadas! ¿Qué se han pensao?... ¿Se creen que soy ciego?... ¿Se creen que no sé que la mataron a disgustos a la pobre chiquilina? ¿Se piensan que no sé que entre la vieja Martiniana y usted, que es otra... bandida, como ella, han hecho que a esa infeliz de Prudencia la perdiera don Juan Luis?

RUDELINDA.—¡Miente!

MISIA DOLORES.—Virgen de los Desamparados, ¿qué estoy oyendo?

¹⁴⁹ orejear: ir con chismes.

¹⁵⁰ desorejado/a: persona que ha perdido el sentido moral.

ANICETO.—La verdá. Usted es una pobre diablo y no ha visto nada. Por eso el empeño de irse. Pa hacer las cosas más a gusto... ¡Ésta con su Butiérrez y la otra con su estancia-ro!... Y como si juese todavía poca infamia, pa tener un hombre honrao y güeno de pantalla de tanta inmundicia. (Pausa. DOLORES *llora*.) Y ahora, si quieren pueden dirse... pueden dirse... pueden dirse..., pero van a tener que dir pa-sando bajo el mango de este rebenque.

RUDELINDA (*reaccionando enérgica*).—¡Eh! ¿Quién sos vos? ¡Guacho!

ANICETO.—¿Yo?... (*Levanta el talero*.)

ESCENA IX

(*Los mismos y DON ZOILO*.)

DON ZOILO (*imponente*).—¡Aniceto! (*Estupefacción*.) Usted no tiene ningún derecho.

ANICETO.—Perdone, señor.

RUDELINDA.—Es mentira, Zoilo.

DON ZOILO (*a ANICETO*).—Vaya, hijo... Haga dar güelta ese breque que se va...

ANICETO.—Ta bien... (*Mutis*.)

ESCENA X

(*Los mismos, menos ANICETO*.)

DON ZOILO (*se aproxima silbando al barril, bebe unos sorbos de agua, que paladea con fruición nerviosa y se vuelve silbando*).

RUDELINDA.—¿Has visto a ese atrevido insolente? ¡Pura mentira!

DON ZOILO (*se sienta*).—Sí, eso.

RUDELINDA (*recobrando la confianza*).—Debe estar aburrido de tenernos ya.

MISIA DOLORES.—¡Zoilo! ¡Zoilo! ¡Perdoname!

DON ZOILO (*como dejando caer lentamente las palabras*).—¿Yo?

Ustedes son las que deben perdonarme. La culpa es mía. No he sabido tratarlas como se merecían. Con vos fui malo siempre... No te quise. No pude portarme bien en tantos años de vida juntos. No te enseñé tampoco a ser güena, honrada y hacendosa. ¡Y güena madre, sobre todo!

MISIA DOLORES.—¡Zoilo! ¡Por favor!

DON ZOILO.—Con vos también, hermana, me porté mal. Nunca te di un güen consejo, empeño en hacerte desgraciada. Después te derroché tu parte de la herencia, como un perdulario cualquiera. *(Pausa.)* Mis pobres hijas también fueron víctimas de mis malos ejemplos. Siempre me opuse a la felicidad de Prudencia, y en cuanto *(con voz apagada por la emoción)*, y en cuanto a la otra... a la otra... a aquel angelito del cielo, la maté yo, la maté yo a disgustos. *(Oculta la cabeza en la falda del poncho con un hondo sollozo.)*

RUDELINDA *se deja caer en un banco, abrumada. Pausa prolongada.* DON ZOILO, *rehaciéndose, de pie.* Güeno, vayan aprontando¹⁵¹ no más las cosas pa dirse. Va a llegar el breque...

MISIA DOLORES *(echándose al cuello)*.—¡No... no, Zoilo! No nos vamos. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Ahora lo comprendo! Hemos sido unas perversas..., unas malas mujeres... Pero perdonanos...

DON ZOILO *(apartándola con firmeza)*.—Salga... ¡Dejemé!... Vaya a hacer lo que le he dicho...

MISIA DOLORES.—¡Por María Santísima! Te lo pido de rodillas... ¡Perdón... perdoncito!... Te prometemos cambiar pa siempre.

DON ZOILO.—¡No!... ¡No!... ¡Levántese!

MISIA DOLORES.—Te juro que viá ser una buena esposa... Una buena madre. Una santa. Que volveremos a la buena vida de antes, que todo el tiempo va a ser poco pa quererte y pa cuidarte. Decí que nos perdonás, idecí que sí! *(Abrazada a sus piernas.)*

DON ZOILO.—Salí. ¡Dejame! *(La aparta con violencia.)* DOLORES *queda de rodillas, llorando sobre los brazos que apoya en el suelo.* Y usted, hermana, vamos, arriba... ¡Arriba, pues!

(RUDELINDA hace un gesto negativo.) ¡Oh!... ¿Aura no les gusta? Vamos a ver... *(Se dirige a la puerta del rancho y, al llegar, se encuentra con PRUDENCIA.)* ¡Hija! ¡Usted faltaba! Venga... ¡Abraze a su padre! ¡Así!

ESCENA XI

(Los mismos y PRUDENCIA.)

PRUDENCIA.—Pero, pero, ¿qué pasa?

DON ZOILO.—Nada, no se asuste. Quiero hacerla feliz. La mando con su hombre, con su... *(Entra en el rancho.)*

ESCENA XII

(Los mismos, menos DON ZOILO.)

PRUDENCIA.—¡Virgen Santa! ¿Qué ocurre? *(Afligida.)* ¡Mama! Mamita querida... Levántese. Venga. *(Se levanta.)* ¿Le pegó? ¿Fue capaz de pegarle?

MISIA DOLORES.—Hija desgraciada. *(La abraza.)*

PRUDENCIA *(conduciéndola a un banco)*.—Pero, ¿qué será esto, Dios mío? *(A RUDELINDA.)* ¡Vos, contame! ¿Tata, fue? *(RUDELINDA no responde.)* ¡Ay, qué desgracia! *(Viendo a ZOILO.)* ¡Tata, tata! ¿Qué es esto?

ESCENA XIII

(Los mismos y DON ZOILO.)

DON ZOILO *(tirando algunos atados de ropa)*.—Que se van... a la estancia vieja... ¡que fue del viejo Zoilo!... ¿No tenían todo pronto pa juir? ¡Pues aura yo les doy permiso pa ser dichasas! *(A las tres.)* Güeno. Ahí tienen sus ropas... ¡Adiosito! Que sean muy felices.

MISIA DOLORES.—¡Zoilo, no!

¹⁵¹ aprontar: preparar con anticipación.

DON ZOILO.—¡Está el breque! Que cuando vuelva no las encuentre aquí. *(Se va detrás del rancho lentamente.)*

ESCENA XIV

(MISIA DOLORES, PRUDENCIA,
RUDELINDA y ÑA MARTINIANA.)

ÑA MARTINIANA.—¡Bien decía yo que no eran más que cosas de ese ladiao de Niceto! ¿Qué? ¿Y esto qué es? Una por un lao... otra por otro... ¡el tendal!... ¡Hum! Me paice que ño rebenque ha dao junción... ¡Eh! ¡Hablen, mujeres! ¿Jué muy juerte la tunda? ¡No hagan caso! Los chirlos suelen hacer bien pa la sangre... Y después, ¡qué dimontres! ¡No se puede dir a pescar sin tener un contratiempo! ¡Quién hubiese creído que a ese viejo sotreta¹⁵² le iba a dar a la vez por castigar mujeres!... Pero digan algo, cristianas. ¿Se han tragao la lengua?

RUDELINDA *(levantándose)*.—Callesé, comadre. *(Sale ANICETO, y durante toda la escena se mantiene a distancia, cruzado de brazos.)*

ÑA MARTINIANA.—¡Vaya, gracias a Dios que golvió una en sí! A mí me jué a llamar Niceto... ¿Qué hay? ¿Nos vamos o nos quedamos?

RUDELINDA.—Sí. Nos vamos... ¡Echadas! ¡Ese guacho de Aniceto la echó a perder! ¡Dolores! ¡Eh! ¡Dolores! ¡Ya basta, mujer!... Tenemos que pensar en irnos... Ya oiste lo que dijo Zoilo.

MISIA DOLORES.—No. Yo me quedo. Vayan ustedes no más.

RUDELINDA.—¿Que has de quedar? ¿Sos sorda, entonces? Vos, Prudencia... ¿estás vestida? Bueno, andando. *(A DOLORES.)* ¡Vamos, levántate, que las cosas no están pa desmayos! ¡Vaya cargando esos bultos, comadre!

ÑA MARTINIANA.—Al fin hacen las cosas como Dios manda... *(Recoge los atados.)*

RUDELINDA.—¡Movete, pues, Dolores!

¹⁵² sotreta: insulto equivalente a flojo.

MISIA DOLORES.—¡No! Quiero verlo, hablar con él primero; esto no puede ser.

RUDELINDA.—Como pa historias está el otro.

ÑA MARTINIANA.—Obedezca, doña...; con la conciencia a estas horas no se hace nada. Dicen, aunque sea mala comparación, que cuando una vieja se arrepiente, tata Dios se pone triste. Aura que me acuerdo. ¿No me quería dar o vender esta cama de la finadita? Le vendría bien a Nicasia, que tiene que dormir en un catre de guasquilla¹⁵³. Si cabiera en el pescante, la mesma que la cargaba. ¡Linda! Es de las que duran...

RUDELINDA.—¡Sí, mujer! Mañana mismo la mandamos buscar. Verás cómo se le pasa. ¡Qué va a ser sin nosotras!

ÑA MARTINIANA *(A PRUDENCIA)*. Comedite, pues, y ayudame a cargar el equipaje. Es mucho peso pa una mujer vieja. Andá con eso no más. En marcha, como dijo el finao Artigas... *(Antes de hacer mutis.)* ¡Hasta verte, rancho pobre! *(ANICETO las sigue un trecho y se detiene pensativo observándolas.)*

ESCENA XV

(ANICETO y DON ZOILO.)

(ZOILO aparece por detrás del rancho, observa la escena y avanza despacio hasta arrimarse a ANICETO.)

DON ZOILO.—¡Hijo!

ANICETO *(sorprendido)*.—¡Eh!

DON ZOILO.—Vaya, acompáñelas un poco... y después repunte¹⁵⁴ las ovejitas pa carniar... ¿eh? ¡Vaya!

ANICETO *(observándolo fijamente)*.—¿Pa carniar?... Bueno... Este... ¿Me empreista¹⁵⁵ el cuchillo? El mío lo he perdido...

¹⁵³ guasquilla: soga, del quechua «huaska».

¹⁵⁴ repuntar: reunir animales

¹⁵⁵ empreistar: prestar (cfr. apart. 5.5., «El lenguaje»).

DON ZOILO.—Y ¿cómo? ¿No lo tenés ahí?

ANICETO.—Es que... vea... le diré la verdad. Tengo miedo de que haga una locura.

DON ZOILO.—¡Y de ahí!... ¿Si la hiciera?... ¿No tendría razón, acaso? ¿Quién me lo iba a impedir?

ANICETO.—¡Todos! ¡Yo!... ¿Cree, acaso, que esa chamuchina¹⁵⁶ de gente merece que un hombre güeno se mate por ella?

DON ZOILO.—Yo no me mato por ellos, me mato por mí mismo.

ANICETO.—¡No, padrino! Calmesé. ¿Qué consigue con desesperarse?

DON ZOILO (*alzándose*).—Eso es lo mismo que decirle a un deudo en el velorio: «No llore, amigo, la cosa no tiene remedio.» No hay que llorar, icanejo!... ¡Si quiere tanto a ese hijo, o a ese pariente! Todos somos güenos pa consolar y pa dar consejos. Ninguno pa hacer lo que manda. Y no hablo por vos, hijo. Agarran a un hombre sano, güeno... honrao, trabajador, servicial, lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonaos a juerza de sudor, del cariño de su familia, que es su mejor consuelo, de su honra... icanejo!... que es su reliquia; lo agarran, le retiran la consideración, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban, le quitan hasta el apellido... y cuando ese desgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de sufrimiento resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos corren a atajarlo. «¡No se mate, que la vida es güena!» ¿Güena pa qué?

ANICETO.—Yo, padrino...

DON ZOILO.—No lo digo por vos, hijo... Y bien, ya está... ¡No me maté!... ¡Toy vivo! Y aura, ¿qué me dan? ¿Me degüelven lo perdido? ¿Mi fortuna, mis hijos, mi honra, mi tranquilidad? ¡Ah, no! ¡Demasiado hemos hecho con no dejarte morir! ¡Aura arreglate como podás, viejo Zoilo!...

ANICETO.—¡Así es, no más!

DON ZOILO (*palmeándolo afectuoso*).—Entonces, hijo... vaya a repuntar la majadita... como le había encargao. ¡Vaya!... ¡Déjeme tranquilo! No lo hago. Camine a repuntar la majadita.

ANICETO.—Así me gusta. ¡Viva... viva!

DON ZOILO.—¡Amalaya fuese tan fácil vivir como morir!... Por lo demás, ¡algún día tiene que ser!

ANICETO.—¡Oh!... ¡Qué injusticia!

DON ZOILO.—¿Injusticia? ¡Si lo sabrá el viejo Zoilo! ¡Vaya! No va a pasar nada... le prometo... Tome el cuchillo... Vaya a repuntar la majadita... (*Mutis.*)

ESCENA XVI

(DON ZOILO.)

(ZOILO lo sigue con la mirada un instante, y volviéndose al barril extrae un jarro de agua y lo bebe con avidez; luego va en dirección al alero y toma el lazo que había colgado y lo estira; prueba si está bien flexible y lo arma, silbando siempre el aire indicado. Colocándose, después, debajo del palo del mojinete, trata de asegurar el lazo, pero al arrojarlo se le enreda en el nido de hornero. Forcejea un momento con fastidio por voltear el nido).— ¡Las cosas de Dios!... ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro! (*Reanuda su tarea de amarrar el lazo hasta que consigue su propósito. Se dispone a ahorcarse. Cuando está seguro de la resistencia de la sogá, se vuelve al centro de la escena, bebe más agua, toma un banco y va a colocarlo debajo de la borca.*)

TELÓN

¹⁵⁶ chamuchina: gentuza.

Apéndice: Versión original

ESCENA XV

(ANICETO y DON ZOILO.)

DON ZOILO (*aparece por detrás del rancho, observa la escena y avanza despacio hasta arrimarse a ANICETO*).—¡Hijo!

ANICETO (*sorprendido*).—¡Eh!

DON ZOILO.—Vaya, acompáñelas un poco... y después repunta las ovejitas pa carniar... ¿eh?... ¡Vaya!

ANICETO (*observándolo fijamente*).—¿Pa carniar?... Bueno... Este... ¿Me empiesta el cuchillo? El mío lo he perdido...

DON ZOILO.—Sí, m'hijo*. Tome.

ANICETO.—Gracias. (*Mutis.*)

ESCENA XVI

(DON ZOILO.)

DON ZOILO (*lo sigue con la mirada un instante y volviendo al barril extrae un jarro de agua y lo bebe con avidez, resollando bestialmente al terminar. Al dejar el jarro se le cae al suelo, lo recoge y tantea un lugar seguro donde dejarlo, con la mano un tanto*

* «Mijo», en el original.

temblorosa. Luego, irguiéndose con energía, va en dirección al alero y toma el lazo que habrá colgado, lo estira, prueba si está bien flexible y lo arma. Colocándose, después, bajo el palo sobrante del mojinete, trata de asegurar el lazo; pero al arrojarlo se le enreda en el nido de hornero. Forcejea un momento con fastidio por voltear el nido).—¡Las cosas de Dios! ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre, que el nido de un pájaro! (Reanuda la tarea de amarrar el lazo hasta que consigue su propósito. Se dispone a ahorcarse. Cuando está seguro de la resistencia de la sogá, se vuelve al centro de la escena, bebe más agua; toma un banco y va a colocarlo debajo de la horca.)

ESCENA XVII

(DON ZOILO y ANICETO.)

(ANICETO se asoma cautelosamente y observa los movimientos de ZOILO, cuidando de no ser visto. Cuando éste se ha trepado al banco y se dispone a colocarse la sogá al cuello, corre a impedirselo.)

ANICETO.—¡Don Zoilo! ¿Qué va a hacer? (Lo abraza y lo baja del banco.) ¡Parece mentira! ¡Un hombre de su edad!... Haciendo esas cosas. (Desatando el lazo nerviosamente.) Ya me lo había maliciao... ¡Qué temeridad! Eso no lo hace un cristiano serio. (Arroja el lazo al suelo con rabia y se encara con ZOILO.) No lo hace, no señor. (ZOILO se deja caer en cuclillas, apoyando la espalda en la pared del rancho.) ¡Un hombre grande! ¡Increíble! ¿Usted cree que toda esa chamuchina de gente merece que una persona bien se mate por ella?

DON ZOILO (sombrio).—No me mato por ellos, me mato por mi mismo.

ANICETO.—¡La vida no es de uno! ¡Es de Dios y de todos!

DON ZOILO.—Cuando a vos te dan una cosa te la dan pa que hagás de ella lo que más te cuadre.

ANICETO.—La vida es sagrada.

DON ZOILO.—Todo lo sagrado es bueno; la vida es mala.

ANICETO.—Es güena, sí, padrino, la vida. Nosotros la echa-

mos a perder... Si dejásemos que las cosas viniesen como vienen y fuesen como son, sin ocuparnos de cómo han sido ni de cómo podrían ser, nos encontraríamos más felices. Y además, ¿qué se consigue con desesperarse?

DON ZOILO (alzándose).—Eso es lo mesmo que decirle a un deudo en el velorio: «No llore, amigo... La cosa no tiene remedio»... No ha de llorar, icanejo! ¡Si quería tanto a ese hijo, o a ese pariente! Todos somos güenos pa consolar y pa dar consejos... ¡Ninguno pa hacer lo que manda! Y no hablo por vos, hijo. Agarran a un hombre sano, güeno, trabajador, servicial, lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonaos a juerza de sudor; del cariño de su familia que es su mejor consuelo; de su honra, icanejo! que es su reliquia... Lo agarran... le retiran la consideración, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban, le quitan hasta el apellido y cuando ese disgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de sufrimiento, resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de la vida, todos corren a atajarlo... «¡No se mate que la vida es güena!»... ¿Güena pa qué?...

SARGENTO.—Yo, padrino...

DON ZOILO.—No lo digo por vos, hijo. Y bien... Ya está; ino me maté! ¡Toy vivo! Y aura ¿qué me dan? ¿Me degüelven lo perdido? ¿Mi fortuna, mis hijos, mi honra, mi tranquilidad? ¡Ah, no! ¡Demasiado hemos hecho con no dejarte morir! ¡Aura arreglate como podás, viejo Zoilo!

ANICETO.—Así es no más...

DON ZOILO (palmeándolo afectuoso).—Entonces, hijo... Vaya a repuntar la majadita como le había encargao..., vaya... Déjeme.

ANICETO.—No, don Zoilo, eso no puede ser.

DON ZOILO.—Vaya, hijo, déjeme no más; es mejor. No tengo ningún consejo que darle. Si golviere a vivir no sabría si ser bueno o si ser malo. ¡Vaya!

ANICETO.—Pero si es una injusticia, ¡una injusticia!

DON ZOILO.—¿Qué le hemos de hacer? Camine a repuntar la majadita.

ANICETO.—No. Perdone, pero no puedo consentir.

DON ZOILO.—Es inútil. ¡Amalaya fuese tan fácil vivir como morir! Si no es hoy, será mañana. Ta hecho ya. Haga de cuenta que estoy enfermo y desahuciao. ¡Vaya! ¡Ta hecho! Si no es así será de otro modo. Matarse y matar son dos cosas que nadie le priva a un hombre resuelto. Tenga paciencia.

ANICETO.—¡Oh, qué injusticia!

DON ZOILO.—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Si lo sabrá el viejo Zoilo!

(ANICETO se aleja unos pasos, pero se vuelve extendiendo los brazos. ZOILO le extiende los suyos y ambos se estrechan en un abrazo prolongado y convulso.)

DON ZOILO (*rehaciéndose*).—Vaya, vaya a repuntar la majadita*.

* «Así termina el manuscrito de Sánchez. Los detalles de la escena muda son los mismos que se hacen actualmente.» Esto lo señala José J. Podestá en su libro *Medio siglo de farándula*. —«La escena muda» se refiere a la escena XVI (RG).